

The Apostles Review

REVISTA DE FICCIÓN, POESÍA Y ENSAYO HISPANO-QUEBEQUENSE E HISPANO-CANADIENSE

Número 18 – Otoño de 2016



BRACAMONTE – CABAS – CREIMER – DELGADO – ETCHEVERRY
HAZELTON – HOYOS GARCÍA – JIMÉNEZ – LÓPEZ – LONG
MAYA / PITAS – MEDINA CASTRO – MELOCHE
MOLINA LORA – MOURE – PAJUELO – REIMERS
ROJAS BENAVENTE – SALINAS – SANDOVAL
SARAVIA – TOBAR – VERA MUÑOZ – VILLARINO

Apostles Review / Otoño de 2016

ISSN 1918-087X (version imprimée)

ISSN 1918-0888 (version en ligne)

ISBN 978-0-9949543-8-1

Dépôt légal : 4^e trimestre 2016

Bibliothèque nationale du Québec

Bibliothèque et archives du Canada

Nouveau site Internet: <http://www.apostlesreview.com/>

Notre courriel: apostlesreview@gmail.com

Éditeur : Diego Creimer

Révision : Flavia García

Impression : Décembre 2016 / Imprime-Emploi, Montréal, Québec, Canada

150 exemplaires

Apostles Review est une création collective qui publie des nouvelles, des essais et des poèmes en espagnol, français et anglais. Chaque auteur publié dans cette revue, au Québec et au Canada comme à l'étranger, possède la totalité des droits sur ses œuvres.

© Apostles Review 2016

Tous droits de traduction, de reproduction et d'adaptation réservés.

The Apostles Review

En papel

Montreal

Número 18 – Otoño de 2016

Decimotavo prólogo en disenso	5
Marginalia / Apostles Review en Internet	43

FICCIÓN

Carlos Bracamonte	<i>Así me lo contó mi padre</i>	6
David Hoyos García	<i>La abuela acuática</i>	8
Jorge Etcheverry	<i>Corazón y bochas</i>	13
Diego Creimer	<i>Río abajo</i>	15
Luis Molina Lora	<i>Fragmento de Sabroso vapor de abril</i>	17
Pablo Salinas	<i>Huellas de sangre</i>	23
Camila Reimers	<i>En un mercado haitiano</i>	28
Jurgen Jiménez	YUL	31
Pascual Delgado	<i>Del afeitado</i>	34
Iván Medina-Castro	<i>God Save The Queen!</i>	36
Oscar Tobar	<i>Mal agujero</i>	39

POESÍA

Rodrigo Sandoval	<i>En pintura</i>	
	<i>Conclusiones preliminares</i>	7
Brigitte Meloche	<i>Teotihuacán à Montréal</i>	11
Erín Moure	<i>En peligro / En péril</i>	12
Carlos Antonio Pajuelo	<i>La pesadilla de Quadra</i>	14
Marisol Vera Muñoz	<i>Tierra de acogida</i>	16
Lady Rojas Benavente	<i>¿Enigmática y apátrida?</i>	19
Alejandro Saravia	<i>Respiration de l'île</i>	20
Neyda H. Long	<i>Me dijiste que viniera</i>	26
Luis López	<i>Metro. Estación Plamondón. 5 de la tarde.</i>	27
Jorge Alfonso Cabas	<i>Geógrafo de sueños</i>	29
Hugh Hazelton	<i>Rodrigo</i>	30
Jesús Maya (Martín Agonía)	<i>My World as Seen from the Ground Floor</i>	
Traducción de Jeannine Pitas	<i>My World as Seen from the Fifteenth Floor</i>	33
Luz Vida Villarino	<i>¿Por qué?</i>	40

ARTE

Hugh Hazelton	<i>"Inside Passage" – Acuarela (detalle)</i>	Tapa
---------------	--	------

Directores	MARÍA JOSÉ GIMÉNEZ y ALEJANDRO SARAVIA
Editor delegado	HUGH HAZELTON
Editor asistente	SANTO TOMÁS

Decimoctavo prólogo en disenso

El tema de este número de *The Apostles Review*, la presencia latinoamericana e ibérica en Canadá y Quebec, se halla en la raíz de la revista, que siempre ha sido de proveer un espacio literario a los escritores de lengua española en Canadá y Quebec, así como de integrar los escritos en otros idiomas a la comunidad hispano-canadiense. La revista, que ahora entra a su décimo año de publicación, alcanza un público cada vez más grande y, mediante eventos como la mesa redonda en la primavera de 2016 en el festival literario Metrópolis Azul en Montreal, reflexiona sobre su pasado y su futuro, al tratar de definir su misión. A través de sus dieciocho números, sigue reinventándose con nuevos temas, números abiertos, autores de otros idiomas y hasta dos ediciones especiales, uno en inglés y el otro en francés, siempre tendiendo la mano a todos los autores interesados en el mundo hispano-canadiense que estén a su alcance. La convocatoria para el número presente, por primera vez, fue editada no sólo en español, francés e inglés, sino también como *chamada* en portugués, para conectar con la comunidad canadiense lusófona, tanto de Portugal como de Brasil, una esfera lingüística que comparte la península ibérica y el mundo latinoamericano con los hispanohablantes y que también incluye a gente de Angola y Mozambique. En consecuencia, se recibió una contribución de la poeta canadiense Erin Mouré en gallego y francés, y varios escritores brasileños y portugueses prometieron textos para el número 19, que se publicará en la primavera de 2017 y que será un número abierto, sin tema específico.

The Apostles Review, cuyo título en inglés nació en Argentina para desviar la vigilancia de los militares de su contenido durante la dictadura, siempre se publica como un proyecto cooperativo, con personas invitadas a organizar los números individuales, pero con un colectivo que comparte

la selección de los textos y la compaginación de la revista final. Aunque basada en Montreal, la revista ya llega a la atención de autores hispanos y lusohablantes de todas partes de Canadá, desde las provincias marítimas a Vancouver, así como a canadienses de habla francesa e inglesa que se interesen en el mundo ibérico, latinoamericano o hispano-canadiense. Como subraya el poema “Respiration de l’île” del presente número, escrito en francés por el autor boliviano-canadiense Alejandro Saravia y que celebra la diversidad lingüística y cultural de Montreal, la interacción hispana con la sociedad canadiense o quebequense no sólo se limita a un proceso binario, sino que abarca un intercambio con una miríada de otras comunidades que también han llegado al Norte en circunstancias diversas. Los autores que han contribuido con poemas y relatos para este número provienen de diez países latinoamericanos, además de Canadá y Estados Unidos, y escriben sobre una amplia gama de temas, hechos, estados de ánimo y lugares, desde su país de origen hasta ciudades de todo el Canadá. Alentados por el multilingüismo de su ambiente, sobre todo dentro de un país bilingüe, varios de ellos han elegido escribir en su segunda o tercera lengua. El resultado es un gran concierto de voces unidas por su presencia canadiense, pero distintas en su origen, su perspectiva y su estilo.

¡Que se disfrute de escucharlas!

Hugh Hazelton
Montreal, otoño de 2016

ASÍ ME LO CONTÓ MI PADRE

Carlos Bracamonte

Mi nombre es Ricardo Salinas. Nací en Lima hace 30 años. Crecí en un barrio de clase media acomodada. Me gradué como abogado en una universidad privada. Nunca nos faltó nada en casa: buena cena, ropa fina, sirvientas, hasta que comenzó la guerra y mataron a mi padre.

A él lo habían destacado a la zona de emergencia, a lo más recóndito de Ayacucho, cerro adentro a 3 mil metros de altura. Comandaba a un grupo de agentes novatos de la Guardia Civil, el valiente cuerpo de la policía afamado también por su sangre fría, y que los desconfiados campesinos llamaban no sin temor “los sinchis”. Debía afinar a la inexperta tropa con tácticas contrainsurgentes que aprendió en la Escuela de las Américas, en Panamá.

Una noche de lluvia, mientras los agentes regresaban de un rato de esparcimiento, escucharon balazos y gritos. En vano echaron a correr hacia el cuartel: la inepta comandancia aún no les había enviado las municiones pedidas una semana antes. De los cerros cercanos bajaban sombras de muerte maldiciendo al Estado burgués y a sus perros policiales, así me lo contó mi padre. Él salió con lo justo por la mínima ventana de atrás, pero a los demás no les alcanzó la suerte. Camuflado entre los matorrales vio arder la vetusta choza que fungía de cuartel, rodeada de rabiosos encapuchados que metían bala a ciegas y macheteaban al que saliera. Venían por el capitán Salinas y lo creyeron achicharrado con el resto. Al asomar el alba, el escurridizo oficial arrancó hasta la primera trocha. Allí se topó con un acompasado comunero que llevaba trigo en su carreta tirada por un burro: “Ábreme un campo, indio de mierda”. Así llegó a la ciudad de Ayacucho y reportó los hechos.

Cinco años después, en Lima, en el lujoso matrimonio de mi hermana, escuchamos la balacera. Fui el primero en salir. Dos mujeres y un hombre descargaron un rencor. No le dieron tiempo de encender su último cigarrillo: el ímpetu final de mi padre se consumió húmedo en su propio charco. “Cuentas saldadas, perro. No olvidamos Socos”. Arrastraron el cadáver hasta la esquina y lo dinamitaron.

A los seis meses recibí una llamada telefónica. Era el policía investigador del crimen. Habían arrestado a uno de los tres asesinos y necesitaban que lo reconociera. “Pero no recuerdo los rostros”, le advertí. “Señor Salinas, usted venga nomás”.

Por el atentado, Manuel Crispín Fajardo Quispe –nunca olvidaré el nombre-, comerciante, natural de Ayacucho, 32 años, fue sentenciado a treinta años de cárcel. La guerra permitía juicios sumarios, con magistrados sin rostro: encapuchados como los que incendiaron el cuartel. Bastaba el testimonio de un informante o el de un testigo convencido del engaño: nadie dudaría del hijo de un héroe. Cuentas saldadas, terruco.

Una mentira conduce a otra. “Señor Salinas, aquí tenemos a las que faltaban, las dos mujeres”. Eran dos campesinas cabizbajas. No las dejaron defenderse. “Sí, señor juez, las reconozco. Fueron ellas”. Cómplices, treinta años para cada una. “Señor Salinas, capturamos a los que incendiaron el cuartel en Ayacucho”. “Señor juez, los rasgos físicos de los acusados corresponden a las descripciones que me dio mi padre”. Pues adentro, veinte años. Mis alegatos se hicieron

costumbre. Llamaban por teléfono y yo iba sin titubeos a colaborar con mi patria. Era sólo cosa de hojear la denuncia fiscal y de ver sus rostros. Miradas de encono, rasgos andinos, aires de sospecha: culpables. Hay que sobrevivir. Esto es una guerra.

Ayer recibí una carta firmada por un tal “Rashomon”. El desconocido me relataba los hechos ocurridos el 5 septiembre de 1983 en Socos, distrito en Ayacucho. Mi padre había salido aquella mañana a entrenar con los agentes. Al mediodía, descendiendo por una ladera, vieron un claro de planicie: la comunidad de Socos andaba de fiesta. Con la venia del capitán Salinas, los agentes exigieron comida y chicha, pero los lugareños, quizá envalentonados por el trago, los echaron. Forcejeos, un tiro al aire. Campesinos empuñando picos, palas y hoces; jóvenes policías asustados descargan sus fusiles. Estampida. Sobre el polvo de la fuga, silencio sombrío: una veintena de cuerpos, varios niños. Forzados hasta la medianoche, los sobrevivientes cavan la fosa. Sábanas de cal, cúmulo de tierra, borrados del mapa.

-“Cabo, mañana llama por radio pidiendo municiones”.

- “Sí, mi capitán”.

Una semana después atacaron el cuartel.

Como mis alegatos en los juicios, la misiva era puro cuento. Pero esta mañana recibí un nuevo mensaje de “Rashomon”. Abrí la carta con rabia y estalló volándome la mano derecha y abriéndome un hoyo en el vientre. No hay de qué arrepentirse. Esa fue mi verdad sobre los hechos y le creí a mi padre. Fuerzan la puerta de entrada, pasos resueltos que se acercan. Respiración bronca. Resuellos. Desde mi creciente quietud, el plano contrapicado: dos mujeres y un hombre que me desprecian.--

Rodrigo Sandoval

EN PINTURA

a Jorge

Ese acento porteño
chirría como serrucho y clavo
me cuentas de Buenos Aires
casa nueva en Mendoza
el hijo editor en Viña
podrías bajar en patines
como un soplo la frontera
por un tubo ché

En Las Américas
tu mirada de incendio sagaz
hablas como pintando

CONCLUSIONES PRELIMINARES

Es mejor llegar a Bolivia
por Cochabamba o Santa-Cruz
a cuatro mil y tantos metros
hay diez pasajeros al año
que mueren instantáneamente

tengo pruebas irrefutables
la afirmación
que el whiskey etiqueta negra
no dá dolor de cabeza
es absolutamente falsa

cuando se manifiestan
guitarras, canciones baile y zapateo
las consecuencias
de la polvareda
pierden todo interés

tomarse media botella de blanco
en preparación a una declaración de amor
no es buena idea
las olas de Isla Negra
no sirven para nada después

tengo la explicación
de por qué hay tantos poetas en Chile
el mar es muy frío
nos contentamos
mirando desde la orilla

LA ABUELA ACUÁTICA

David Hoyos García

Hoy en día, las diferencias entre nosotros y nuestros parientes son más evidentes. Ahora tengo una familia que vive con los pies en la tierra, dos pies y no ocho como era habitual.

También, carecemos de escamas o algún recubrimiento que nos proteja del frío o el calor extremos. Mis hijas y yo, además, tenemos huellas poco visibles de nuestro antepasado microbiano, no veo cilios para desplazarnos por el plasma o una célula que demarque mis latidos, somos en realidad la suma de miles de millones de microbios que pueblan nuestros tejidos, gobernados por un gran sistema nervioso central que abunda en sinapsis cerebrales.

Mi abuela es una osa acuática, una especie bastante arraigada a la existencia. Vive en un lugar al que no es fácil llegar en estos tiempos de súper autopistas: alejado, algo primitivo diría yo, manglares de aguas bajas y a veces turbulentas por las mareas, se prende de las raíces de aquellos manglares en aquel mar donde nacieron ella y los suyos, incluyendo a mi abuelo.

Desde que tengo uso de razón, nunca he sabido que mi abuela se haya movido de allí. Se aferra a las raíces, come trazas de materia orgánica que caen en la superficie, en la colonia, donde millones de abuelas como ella, comparten las tardes soleadas y ven venir la noche. A veces, baja hasta el lecho, remueve sedimentos y encuentra trazas de alimento, el intestino de un pececito muerto.

Cuando fuimos a visitarla, mis hijas y yo, tomamos aire y nos hundimos en el manglar, primero yo y después ellas, todos bajamos agarrados de una raíz. A primera vista no la vimos, era tan chiquitita, pero nuestros ojos fueron afinando foco y pudimos distinguirla, entre todas sus comadres. Algunas de ellas también recibían la visita de sus nietos, bisnietos y más para allá. Los visitantes habíamos dejado nuestros carros estacionados bajo la sombra de un árbol de algarrobo.

Nadamos para abrazarla y ella hizo lo mismo. Su abrazo es especial porque nos envuelve con sus ocho patas, mientras que yo solo lo hacía con mis brazos. Mis hijas, es decir, sus bisnietas, al verla se sintieron extrañas, una de ellas advirtió después que parecía un osito de peluche. “Saluden a su abuela”, les decía, pero ellas se escondían detrás de mis piernas. “Ya entrarán en confianza”, le dije a mi abuela, ella me hizo un gesto de que estaba bien.

Hace mucho tiempo no veía a la abuelita y mis hijas apenas la estaban conociendo. Ella se colocó bocarriba, flotando en el agua, para que le rascara la barriga, su piel era tan suave y tan arrugada. Dentro de los pliegues de sus arrugas encontré algunos granos de arena que se querían convertir en perlas, deberían llevar allí varias decenas de años. La abuela tomó un par y se los dio a mis hijas y esto bastó para que ellas se acercaran para rascarle la barriga.

Una comadre de mi abuela gritaba en su lengua: “iros tuti rare autem quod naturae”, que quiere decir más o menos: “Váyanse todos repugnantes engendros de la naturaleza”, pero mi abuela hacía señas de que no le hiciéramos caso, que estaba loca, que tenía algunos prejuicios, que siempre tenía una frase de ese tipo para recibir las visitas ajenas. Era un espécimen solitario.

Cuando terminamos de rascarle la barriga, mi abuela hizo señas para seguirla entre las raíces del manglar hasta un pequeño recinto donde pudimos estar más cómodos, lejos de las miradas de las comadres. La seguimos con cierta dificultad mientras ella nadaba ágilmente. Se me había olvidado decir que la abuela se llamaba Tardígrada, que quiere decir “la que camina lento”.

Estábamos en aguas un poco más profundas del manglar, era el lugar que más le gustaba a la abuela que soltó una carcajada. Mis hijas nadaban junto a mis piernas.

Debo confesar que a la madre de mis hijas no le gustó mucho la idea de traer a las niñas a casa de la abuela. La primera y única vez que vino, fue cuando nos íbamos a casar, en ese entonces tenía el pelo largo y ella había recién salido del salón de belleza y justo al entrar al manglar se le enrespó el cabello. No me perdonó nunca que no le hubiera dicho que mi abuela vivía en un manglar. “Nunca volveré a vivir las vulgaridades del mundo subacuático”, decía.

Advierto que mi abuela vivía en el manglar pues allí nació. Muchas veces con papá habíamos intentado convencerla que viniera con nosotros a la tierra, a la ciudad, pero en realidad, todo esfuerzo, años de

trabajo, resultarían inútiles. La abuela lo había dejado claro: nunca dejaría el manglar, allí moriría.

La abuela nos sirvió unos pasabocas, eran una forma de lombrices envueltas en algas que ella había preparado con mucho ahínco. Mis hijas hicieron un gesto terrible y dijeron que no comerían. Pero con mi mirada se dieron cuenta de lo importante que era no despreciar la comida. Al final, lo comimos todo por educación y eso para mi abuela significó que nos había gustado mucho, así que nos sirvió más.

“Hinomonh quiernm a plus qmat as”, dijo mi abuela en su lengua con cara de felicidad. Afortunadamente mi padre me enseñó a comprender, solo para efectos familiares, en realidad es una lengua que se cree olvidada. Nunca se la enseñé a mis hijas, así que ellas se contentaban con verla como un oso de peluche, con su forma microbiana, con cara arrugadita y modulando voces primitivas.

“Que tierna es la abuela”, dijeron.

Como ustedes tampoco hablan esta lengua, escribiré aquí la traducción de lo que la abuela nos dijo ese día. Sabrán que no soy especialista en bases de datos terminológicos, ni soy purista del lenguaje, así que lo que leerán será mi mejor versión: la abuela nos dijo pues, “Aquí tienen mis niños, preciosos”. Y en eso, con su patita izquierda del medio, se agarró de un alga. La abuela es un ser especial. Tiene ocho patas, cuatro a cada lado, en cada pata tiene entre cuatro y ocho garras.

Las niñas estaban felices con la abuela, a pesar de que no le entendían. “Papá, papá,

llevémonos a la abuela”. Ella hacía con su cabeza el gesto de “no”.

Nadie puede discutir todas las vicisitudes de la evolución. Venimos del agua, y para mi abuela, el agua de los manglares y de los mares representa la mayor seguridad. “Ustedes allá habitan una tierra que algún día se va a hundir mi niño, allá arriba cambian las cosas muy rápidamente: se forma un desierto, desaparece un río, desaparece un bosque. ¿Te imaginas una vieja como yo viviendo allá con ustedes bípedos implumes? Estaría condenada a una vida triste e ingrata como la de las pobres gallinas, vacas y cerdos, condenados a la más desdichada infamia que es ser inerte en un plato de un bípedo”, traduje.

Mis hijas seguían acariciándola. En eso mi abuela bostezó y pudimos apreciar su probóscide y sus tres capas de anillos de dientes incrustados en sus maxilares. Mi mujer diría que necesita una ortodoncia.

“Qué lindo ver a tus hijitas, pero la verdad es que no me deja de sorprender lo feos que son ustedes y lo mal que huelen, seres bípedos sin escamas, esa piel toda desnuda y delgada, con ojos abiertos, dos brazos, dos patas y pelos en la cabeza. Ustedes son muy feos”.

Afortunadamente mis hijas no entendieron y no les traduje, simplemente hice un ademán de sonrisa. Las niñas observaban las patitas de la abuela, la más joven le agarró una garra.

Mi abuela siempre se caracterizó por ser franca. Eso lo recordé también cuando, mientras jugaba con mi padre en la orilla del manglar, se me salió un pedo. Ella no solo lo

escuchó sino que también lo olió. Indignada, salió a flote, lo supe por las burbujitas en la superficie, y nos dijo que nuestros pedos eran muy hediondos, que lo que comíamos parecían químicos, y que además, deberíamos ser un poco más discretos, sobre todo con las comadres, con quienes ella departía un juego de cartas.

Las comadres de mi abuela se reúnen para pasar el tiempo en compañía y para contar historias, como lo hacen las abuelas. A una de ellas, Lisfornys Splek, los bípedos la invitaron obligatoriamente a participar de un experimento que consistía en llevar seres vivos al espacio sideral para analizar la capacidad de resistencia en condiciones extremas. Contó que eso allá arriba es muy oscuro, frío y silencioso. Pero lo triste fue que los otros que también habían invitado a participar obligatoriamente murieron: un hipocampo, una medusa, una vaca, un jabalí, una urraca, una boa constrictora. Ella fue la única sobreviviente.

La comadre Pstrorirus Juhphhy había sido colocada en criogenia en un laboratorio japonés durante treinta años. Y finalmente, Srleonus Tyrg, su madrina de bautismo, fue sometida a radiación de uranio durante diez días. Ahí siguen todas con esa carita tan risueña y esa piel.

“Abuela, ¿y el abuelo, dónde está?” Mis hijas esperaban ver a otro oso acuático. “nsy hn divrtr”, dijo. “Nos hemos divorciado”, traduje. Mis hijas bajaron la cabeza. “Eso de las relaciones duraderas me tiene sin cuidado. Aquí vivimos en colonia y no tenemos problemas para separarnos ni para reproducirnos como locos, eso es algo que ustedes los seres evolucionados aprendieron

muy bien de nosotros los microbios. No es de otra forma, es una cuestión de escalas. Somos microbios, pero también, como ustedes bípedos tenemos nuestros límites”. “Tienes que evolucionar abuelita”, dijo la menor (que se parece mucho a su madre).

En eso la comadre que pasaba por ahí: “Filhos de la punyetera, idos d’aquí”.

“Si me vuelven a preguntar si quiero evolucionar, diré nuevamente que no. No quiero caminar en dos patas, hacer rascacielos que tapan el sol, hacer empresas que contratan hombres para que hagan máquinas para que reemplacen hombres para que sean controlados por máquinas, no quiero ir al fútbol los domingos por la tarde, ni escribir un libro sagrado, ni mofarme de que tengo más sinapsis neuronales que cualquier otro ser vivo. No voy a seguir el ejemplo de tu padre”, traduje.

Ya estaba oscureciendo. En el manglar la luz se oculta rápido. Nos despedimos de la abuela, pero mis hijas estaban muy cariñosas con ella. Querían llevársela para mostrársela a sus amigos de la escuela. Insistieron, pero mi abuela se agarró fuertemente de un alga y no pudimos llevarla con nosotros. Mis hijas abandonaron la idea de llevarla.

Le rasqué de nuevo la barriga a la abuela y movió las patitas. Lo mismo hicieron mis hijas. Luego, nos aferramos a una raíz y comenzamos a subir lentamente, veíamos a la abuela en el lecho que se despedía con sus ocho patas.

Cuando salimos del manglar, nuestros ojos enfocaron el árbol de algarrobo.--

TEOTIHUACÁN À MONTRÉAL

Brigitte Meloche

Femme du Nord,
tu t’abreuves au Sud
et vice-versa.

Figée dans le cul-de-sac
du Grand Montréal,
à ras la p’tite pyramide du Soleil
sur ta table de chevet.

Tu es venue au monde
à 23 ans
dans le sang chaud
qui a reconnu
tes tempes nacrées,
ton Soleil dedans,
tes émotions cramoisies.

Sur ton île urbaine,
tu t’es trouvé des alliés :
Roberto, María, Nacho, Itzel.

Ils t’ont baptisée de mots de feu
dont tu as tapissé les murs
de ton refuge,
rue Jeanne-Mance.

Chaque hiver,
vous vous réchauffez ensemble
dans les bras prolifiques
de la légèreté –
il en jaillit
des mots incisifs
comme le nopal.

L’ardeur de l’agave
vous ravitaille de courage
pour traverser
les bancs de neige
de la vie ici –
vous déferlez cul-sec
avec l’accent éméché
de la puta madre.

EN PERIGRO / EN PÉRIL

Erín Moure (traduit par E.M.)

Abateume o territorio

Que territorio

Le territoire m'a abattu

Quel territoire

Toca á miña porta e vouche dicir

Vou amosarte (a miña chaqueta de misericórdias)

Sonne à ma porte je te le dirai

je te le montrerai (mon veston de miséricordes)

Chegou o futuro nunha soa palabra

territorio (que palabra)

L'avenir est venu dans un seul mot

territoire (ce mot-là)

con quen

avec qui

2

No caso

“Obrigatorio”

unhas palabras desagradabeis no meu vocabulario

2

Au cas où

« obligatoire »

une phrase méchante de mon vocabulaire

ou a miña enfermidade

ocultada na fronte

do cerebro

ou de ma maladie

cachée à l'avant

du cerveau

rabaños

roupa rasgada

que modo (de vida)

troupeaux

vêtements déchirés

quel mode (de vie)

culpábel ou

coupable ou

con que

avec quoi

3

As monxas en luvas están tan divertidas hoxe

queres que che conto isto?

3

Les religieuses en mitaines sont amusantes aujourd'hui

veux-tu bien que je te raconte cela?

"Pano de papel caído no xardín"

« un mouchoir échappé au jardin »

ridículo

Xa non é contábel

ridicule

Ce n'est pas racontable

despois de toda esa decepción

O infinito

après toute cette déception

L'infini

Desculpe, estou equivocada

je suis trop confinée par mes rêves

Je m'excuse, je me trompe

je suis (coma sempre) trop bornée par des rêves

CORAZÓN Y BOCHAS

Jorge Etcheverry

Marc André Ramón casi no parece hacer esfuerzo y se dobla casi en dos cuando lanza la bola y ni mira porque sabe que hará volar los cinco palitroques en este juego que aquí en Québec llaman *quilles*, mientras él mira en la pantalla, como tantas otras veces, al virtuoso, mientras espera bebiendo su ron y tratando de no pensar en los aguantaderos que ya no corren, ni en que otra vez la conserje que vive en el piso de abajo parece que está golpeando el techo con la escoba, quejándose del volumen de la tele, en que Denise sigue sin aparecer, en que los compañeros franchutes se hicieron humo y que en algún momento, hoy o mañana va a tener que salir muriéndose de nervios a comprar algo que comer y más ron el *dépanneur* de la esquina, y a la farmacia a ver si la receta de las pastillas para el corazón no está vencida, como le recuerda este otro acceso de taquicardia que se insinúa. Va tener que levantarse, abrir la puerta, bajar la escalera, salir y oler las calles de esa ciudad que tiene en verano un vago olor a humedad, en que la temperatura a veces llega a la de Buenos Aires, como dice el cuyano, o a lo mejor decía, ya que a estas alturas del partido puede que esté outside, le susurra en la cabeza una voz que no logra apagar el alcohol. Todo mientras entra por la ventana el olor de la *brasserie* del primer piso, el ruido de la calle que combate con la tele, bienvenidas distracciones para evitar pensar. En la pantalla, el otro campeón, o con ganas de serlo, gordo, con una boina y de camisa blanca de manga corta hace una pirueta al lanzar la bola, levanta una pierna hacia atrás, como un patinador pero *quel dommage*, la bola cae en la canaleta luego de apenas unos metros y pese a que no se oye él puede verle en los labios cómo se dibuja la serie de invectivas *sacrement tabarnak câlisse*, tan similares a las de

Diego cuando se enteró que a todos les habían negado la renovación de la visa y que los que los estaban siguiendo, o creían, no parecían ser los habituales de la *Sûreté du Québec*, sino otros innominados, y que había estallado al lado suyo en la cabina telefónica “hostia la mierda, me cago en san dios, puta la virgen” antes de darle una palmada descuidada en la espalda y salir caminando rápido, mientras él se quedaba fumándose un cigarrillo antes de salir también andando tranquilo o tratando en la dirección opuesta, con el corazón en la boca, por la tensión y la humedad, que cada vez soportaba menos. Para encontrarse otra vez con él después de dar una vuelta la manzana, cruzar la calle casualmente los dos, lado a lado, “porque te digo, coño, éstos son otros, además, andan de a varios, como los chulos” y él con una puntada leve, pero puntada de todos modos, en el centro del pecho y casi sin aliento seguía caminando envuelto en esa campana de humedad y Diego desaparecía esta vez definitivamente calle abajo y le crecía la puntada en el centro del pecho, o más bien esa opresión, que le era ya casi familiar y lo hacía acordarse de esos viejos episodios de Sanford and Son en que Redd Foxx se lleva las manos al pecho y mira hacia lo alto y dice *this is the big one*. Y de Denise diciéndole que una cosa es el compromiso, pero que ya no está para estos trotes y ni siquiera por su país a lo que él entonces le suelta lo consabido sobre la solidaridad latinoamericana y del tercer mundo y no le hace nada de bien porque le vienen las palpitations, mientras en la tele Marc André Ramón ni se seca el sudor, que le baña la cara y la camisita al otro, guatón como él, que mira, quizás también destinado a perder. Y claro no son, no pueden ser los cumpas partidarios de los acuerdos de paz, al fin y al cabo son

camaradas que tienen la estrategia que ganó en las discusiones y además que parece que tenían razón, por otro lado nosotros los ayudistas extranjeros no tenemos mucho pito qué tocar, queso que cortar, y entonces si esos otros no son ni de aquí del país, ni los cumpas de los acuerdos, ¿quiénes son entonces?, todo el mundo desaparecido o arrancando, parece, ni Denise, que llama siempre como reloj y justo ahora ese auto cuyos frenos chirrían en el pavimento y lo hacen incorporarse un poco en la cama para mirar mejor por la ventana y dejar al Marc André impecable que bota otra hilera de palitroques con ese aire desganado como si estuviera lanzando un ovillo de lana y solo puede ver la puerta que se cierra del auto en la vereda porque quien o quienes lo ocupaban ya están adentro del café y Denise que siempre lo trata como niño chico, pero enfermo, que se mete en líos le había dicho que cómo se le ocurría arrendar arriba de un restaurante –chico, pero restaurante– al que cualquiera podía entrar, y la bulla de abajo, pero él que en todo caso dormía con tapones en las orejas y además el precio, una ganga y ahora los pasos, que para eso sí que tiene el oído fino y la cinta de fuego que le aprieta el pecho y mira como sin ver el antebrazo peludo que levanta en un vano gesto de protección de esa víscera que parece que ahora sí que se cansó de bombear, la mano regordeta que viene en cámara lenta a apretar el corazón y lo último que ve en la tele es al otro contrincante, el gordo, su bola que se desliza grotesca por la canaleta dejando a los cinco palitroques intactos, y lo último que oye, la voz del comentarista que dice *complètement raté*.

* * *

LA PESADILLA DE QUADRA

Carlos Antonio Pajuelo

Estimada Vancouver:
Nación de los Salish,
De los Squamish,
los Haida,
el halibut,
los cielos color ardilla
las Sequoias, centuriones de la eterna
primavera,
la lluvia indomable,
mi diáfana Columbia Británica:
¿Dónde se fue tu encanto de amapolas?
¿Quién te convirtió en una isla
reinventada
por multimillonarios, Faux Couver?
Una tierra reimaginada por agentes
inmobiliarios,
corredores de bolsa con boas colgadas
del cuello.
¿Quién comenzó esta agenda del
olvido?
¿La codicia?
¿Una negación del pasado?
¿Quién puede rociar gas pimienta a los
ojos de tu presente?
¿Cómo puedes atacar a niños que no
tienen
la culpa de tus ojos vendados?
Vancouver, hace doscientos veinticinco
años
te materializaste en un sueño de
Bodega y Quadra.
Soñó que lo convertías en una pequeña
calle en Victoria.
Soño que callabas el murmullo del mar
y le dabas la espalda al cielo.

RÍO ABAJO

Diego Creimer

El gusto por la música folclórica latinoamericana, sobre todo la zamba y el chamamé argentinos, lo heredé de mi madre. No es que ella escuchara mucho folclore, pero tuvo el buen tino durante mi infancia de dejarme a mano algunos discos de vinilo y cassettes esenciales: Teresa Parodi, Mercedes Sosa, Eduardo Falú, Chico Buarque, Quilapayún, Violeta Parra. El resto lo descubrí solo, en ráfagas de curiosidad a través de las décadas.

Cuando yo tenía 12 ó 13 años y mi cuarto de la casa de la calle 46 en La Plata tenía un ventanal oxidado que daba a un jardín lleno de excrementos de nuestros perros que nutrían un ceibo, una higuera y una magnolia, me gustaba, los domingos a la mañana, cortar el pasto, levantar la mierda, poner un disco de Mercedes Sosa a todo volumen y una silla de hierro en medio del césped recién cortado para que mi madre se sentara a leer el diario bajo el sol. En esos domingos memoricé la letra de algunas canciones que me acompañarían hasta hoy, como la Canción del jangadero: Río abajo voy llevando la jangada, río abajo por el alto Paraná...

Hoy vivo a orillas del río San Lorenzo, en el punto exacto donde a principios del siglo XVII Samuel de Champlain se vio obligado a detenerse ante los rápidos de Lachine. Tengo un jardín parecido al de la casa de mi infancia, con excrementos de gato y mapache, con una parra sobre un galponcito oxidado, un cerezo y un árbol de lila que implora ser podado. Mi madre, que orilla los ochenta, está perdiendo la memoria reciente. Ya no sabe

exactamente, ni le importa, qué día es. Mucho más le preocupa no poder caminar, ir perdiendo de a poco la dignidad de valerse por sí misma, aunque más no sea para ir al baño y para comer. Esta tristeza de ir dejando de ser la combatimos juntos cuando nos vemos dos o tres veces por año; la regamos con vino, con historias viejas y con discusiones apasionadas sobre temas en los que nunca estaremos de acuerdo: el feminismo, la sobreprotección de los hijos, la homosexualidad, las modalidades de la amistad y nuestra mirada sobre otras culturas. Cuando el ambiente es propicio y a mi madre no la aqueja ningún dolor extremo, cuando la luz es tenue y el vino es bueno, la conversación fluye como el río de la esquina y la memoria, en vez de ser agua, es un bote que remonta hasta las fuentes.

Hace unos días, pensando en los meses o años ingratos que le quedan por vivir y soportar, días en los que los placeres serán cada vez menos y los dolores cada vez más, en uno de esos momentos que son sin duda lo mejor que nos queda por vivir juntos, le dije de frente a mi madre ¿Te das cuenta que éste es el principio del fin? Por supuesto, me respondió con calma, éste es el fin. Mientras yo levantaba la mesa, ella enfiló para el baño con un paso vacilante. Cuando cerró la puerta la escuché cantar los primeros versos de la Zamba para no morir de Hamlet Lima Quintana: Romperá la tarde mi voz / hasta el eco de ayer / Voy quedándome sola al final / muerta de sed, harta de andar / pero sigo creciendo en el sol, viva / Era el tiempo viejo la flor, la madera frutal / luego el hacha se puso a golpear, verse caer, sólo rodar / pero el

árbol reverdecerá, nuevo. / Al quemarse en el cielo la luz del día, me voy / con el cuero asombrado me iré / ronca al gritar que volveré / repartida en el aire al cantar, siempre.

No había tristeza en su voz; apenas el esfuerzo por recordar bien la letra y la satisfacción de no haberla olvidado. Y les juro que no se la olvidó.

Casi todos los finales de vida tienen por escenario un hospital con luz blanca y fría, momentos poblados de cosas que no se llegan a decir a tiempo, días indignos y obscenos en la desnudez de los cuerpos decaídos y agonizantes, con olor a alcohol, sopa de verduras y lavandina, con largos silencios en la vereda y esperas sin esperanza en terapias tan intensivas como fatuas. Yo no puedo evitarle a mi madre uno de esos finales, pero puedo escribirle otro, más acorde sus gustos. Aquí va la traducción al castellano de una noticia que quisiera escuchar en un noticiero de Radio-Canadá:

“Esta mañana, una turista octogenaria desapareció en las aguas del río San Lorenzo a la altura de los rápidos de Lachine, en Verdun. Diana Themis Creimer, de origen argentino, estaba visitando a sus hijos radicados en Montreal. Ni la policía ni los bomberos entienden aún cómo hizo la señora, obligada a desplazarse con asistencia y en silla de ruedas, para llegar sola hasta la esquina de la casa de uno de sus hijos y sentarse en un banco de madera a leer una novela de Juan Forn, tal como relataron los últimos testigos que la vieron con vida. Al parecer, el deseo incontenible de sentarse a leer en ese banco una vez más le dio las fuerzas necesarias para llegar hasta allí en un momento en el que había escapado a la vigilancia de sus hijos y

nietos. La súbita crecida del río provocada por las lluvias estivales de los últimos días arrastró a la señora Creimer, a su silla de ruedas y a su libro. Un testigo de origen hispano dijo que la mujer no intentó nadar ni pidió ayuda, y lo que es más sorprendente aún, que se puso a cantar mientras las aguas la arrastraban en un remolino de espuma. Según este mismo testigo, sus últimas palabras fueron más bien una canción cuya letra decía Río abajo voy llevando la jangada / río abajo por el alto Paraná / es el peso de la sombra derrumbada / que buscando el horizonte bajará / Río abajo, río abajo, río abajo / a flor de agua voy sangrando mi canción / en el sueño de la vida y el trabajo / se me vuelve camalote el corazón.”

TIERRA DE ACOGIDA

Marisol Vera Muñoz

A veces el miedo inunda mi canto.
Se estremece mi alma y pienso...

Seguir mi rumbo alzando el vuelo,
en vientos de calma, en tiempos nuevos

Nacer al alba, alzar mi voz...
a voces nuevas de integración

Esperando cambios de una nueva vida...
Y proseguir a paso firme

Por lo que me resta de días,
en tierras de acogida...

FRAGMENTO DE *SABROSO VAPOR DE ABRIL*

Luis Molina Lora

Hai abrió los ojos un minuto antes de las cinco de la mañana. El cielo raso de estalactitas aún permanecía rayado por la sombra que proyectaban los remanentes de luz de neón al otro lado de la ventana. Treinta años observando el mismo paisaje montañoso y sombrío, tan similar a los recuerdos de infancia en las montañas de Sapa. En realidad, no sabía del todo si tal parecido era cierto porque conocía muy bien cómo trabajaba la nostalgia, encargándose siempre de poner con odiosa pulcritud sustantivos a las emociones y falsos adverbios a los recuerdos. La tetera también sonó, cinco en punto. Su reloj biológico era tan efectivo como el despertador de agua. Un buen regalo del último cumpleaños que le celebraran los dos cocineros, los ayudantes y las meseras. Recogió los pies para luego dejar caer una pierna al suelo. Con ese impulso levantar el torso de la cama se hizo menos pesado. Al cabo de un par de minutos, terminó acodado sobre sus propias rodillas. Fue hasta entonces que notó el fuerte deseo de orinar y por un instante alcanzó a dudar sobre lo primero que haría una vez que pudiera levantarse por completo de la cama, ello porque el tiempo que le llevaba llegar a la cocina y apagar la tetera podría ser eterno en tiempo de próstata; pero a su vez, intentar orinar con el pitido absorbente de una tetera en marcha no sonaba prometedor. ¡Bah!, era ridículo que nuevamente hoy tuviera esa misma preocupación tan banal. Ejecutaría el plan matutino de acuerdo al procedimiento estipulado recientemente: si el día anterior había apagado la tetera primero, hoy tendría que soportar la locomotora desde la cocina. Por supuesto que todo sería más fácil si no fuera por la facilidad con la que la vejiga se

llenaba de líquidos. Dio los primeros pasos como si de verdad hubieran sido los primeros, se tambaleó un poco y decidió sostenerse de la pared con una de las manos. Ahora sobre sus pies, la próstata recibía todo el peso de los años. Hai no lograba explicarse por qué no había atendido las recomendaciones del doctor en lo referente a empezar a orinar en una campana al lado de la cama. Pero claro, qué sabrá el doctor de cosas de viejos. Ahora, sin embargo, lo fundamental era alcanzar cuanto antes el retrete y detener la maldita tetera que empezaba a volverlo loco. Esos son los pequeños detalles que hacen la existencia un poco más que incómoda, pero en medida alguna imposible. No se detendría ahora, después de tantas travesías, por un insignificante dolor de testículos o por el enloquecedor pitido de un tren de agua. Alcanzó el baño más rápido de lo que imaginaba y mucho más tarde de lo que hubiera deseado. Ni bien se sentó en la taza, una tibia acidez en la boca pareció poner distancia entre la dentadura y los huesos maxilares. Parecía como si la orina recorriera esos rumbos antes de atravesar la próstata. Un dolor sangroso le atravesó la ingle. Precisaba soportarlo porque se imponía la salida inminente de la excreción que, a final de cuentas, fue intermitente y débil. Ridículo contraste entre la fuerza del vapor de agua que se desvanecía en la cocina y aquel chorrillo entre sus piernas, mueca de las meadas olímpicas de hacía algunos años. Dejó salir todo, hasta la última gota, aunque la sensación no desaparecería sino hasta dentro de varios minutos, sino horas con el cuerpo entrando en calor. Con la misma tenacidad que lo llevó al baño, se encaminó rumbo a la tetera cuyo ruido ya parecía formar parte del paisaje.

Separó el cable de la pared y se cercioró de que aún quedara agua. La sirvió en un vaso blanco con manchas acumuladas de café o té y dejó caer en su interior una bolsa de papel que aguardaba en otro vaso blanco y manchado al lado del primero y que hubiera dejado dispuesto desde la noche anterior con el único objetivo de no tener más atrasos que los de la indecisión fundamental de expulsar líquidos o detener la pérdida de vapor. Siempre le había gustado observar los pigmentos diluirse en el agua caliente, presenciar la transformación en nubes profundas de sirenas atrapadas en un vaso. Era la misma imagen de un niño en una piscina completamente abstraído en la sensación satisfactoria de orinarse en el agua. No sabe a ciencia cierta de dónde le viene ese recuerdo, si de una experiencia o de un sueño. En todo caso, se quedan allí orbitando como fantasmas otros recuerdos reales. Desde siempre a Hai le ha gustado atrapar esas imágenes surgidas de la nada. Con los años ha ido desapareciendo, es cierto, la fuerza de atracción de tales fantasías, pero también lo es que se han vuelto más reales y estrambóticas. Empezó a beber de a sorbos el té aún caliente. Regresó al baño con el vaso en la mano pensando que tendría que salir en veinte minutos. Tampoco tardaría en salir el sol. Se lavó vigorosamente la cara y con las manos bastante húmedas peinó las tres concentraciones de cabello canoso. Regresó a la habitación para ponerse las gafas. Se sentía mejor, como de costumbre, después de haber limpiado la vejiga, haber tomado el té y haber caminado un poco. Se vistió con unos interiores largos un pantalón de lino marrón oliva y una camisa manga-corta blanca, exactamente igual a la que había vestido el día anterior. En la medida que Hai ingresaba al mundo de los vivos, los movimientos del cuerpo se tornaban sueltos y significativamente rápidos. Parecía que

durante las noches entraba en un proceso de hibernación y en las mañanas su cuerpo se negaba a salir de él. Completamente arreglado y con la taza de té vacía a Hai solamente le quedaba cepillarse los dientes. Plantó un pedazo de crema azul y mentolada sobre las cerdas abiertas, como fuegos artificiales, sobre un cepillo también azul. Se llevó la mano a la boca y palpó con los dedos que uno de los dientes laterales estuviera firme. Desde hacía algún tiempo venía sintiendo que la pieza se estaba desintegrando desde adentro, podía ver que una mancha oscura empezaba a cubrirlo de la misma manera que una mala noticia eclipsa la tranquilidad de un hogar. Hizo enjuagues con un agua verde, gargajeó y luego escupió con asco. Vio su boca en el espejo y notó, sin querer darle demasiada importancia al asunto, que ese día había amanecido setenta años más viejo. Nada ha cambiado para bien, la vida es sólo un espacio de tiempo con el que se cuenta para fortalecerse ante la inminente desaparición, pero también para hacernos sentir agotados de la manera más patética y luego desear lo inevitable. Sí, ya era tiempo de irse, antes de dejar este mundo, tenía que dejar la ciudad y el país que hacía cuarenta años lo había acogido, tenía que regresar a sus orígenes para morir completo.

El viejo caminó tres bloques en escasos cinco minutos. Solamente la señora Cooper lo saludó, levantando tímidamente la mano. Con los años, un movimiento de cabeza era suficiente para mantener un contacto solidario entre vecinos. Al menos una cara verdaderamente conocida, pensó. Todo el mundo había cambiado menos él y la señora Cooper. Ella también compartía con Hai la erosión de aquellas calles. La viuda odiaba por completo toda la comida oriental o algo que se la recordase. Su esposo, que en paz descansa, alimentó toda la mitología racista tejida en

torno a los inmigrantes, ustedes saben: vienen a quitarnos los trabajos, corrompen a nuestros hijos y una serie de razones fascistas sin fundamento más que la ignorancia, al menos la estadística. La viuda empezó a levantar la cabeza ante los saludos de Hai desde cuando este asistiera al funeral del señor Cooper. Y si no lo hacía por completo, ni cruzaba las miradas directamente con el viejo ya no era por odio o resentimiento, sino por vergüenza. Hai no se lo diría a nadie jamás, pero las verdaderas razones que lo llevaron al funeral no habían sido humanitarias ni solidarias, ni nada de esas ridículas razones de vecinos que se ayudan; habían sido sólo venganza, la inútil satisfacción de ver al otro caer y hacerlo en su presencia. Hai fue porque quería decirle al señor Cooper que allí estaba él, vivo y sano frente a su cadáver ignorante y a punto de pudrirse. Ridículo porque ya no había contraparte de quien defenderse, ni amenazas anónimas, ni recolección de firmas, ni llamadas quejosas a la oficina de salud y control de alimentos, ni piedras que rompieran vidrios. Desde hacía muchos años Hai se había quedado sin enemigos y desde entonces ya no tenían sentido todos los planes tejidos para cobrar venganza, tales como seducir a la señora Cooper, aunque ella nunca le diera el lado ni respondiera a sus saludos. Y hoy, tantos años después ya no tenía sentido seducir a una mujer con más achaques que él, aunque ella empezará a responder de manera atrasada a toda la artillería de seducción que Hai había dejado caer como pétalos de rosas plásticas o, si se quiere, como migas de pan mohoso durante tantos años. La señora Cooper sabía que Hai pasaba por el frente de su casa todos los días a las seis de mañana y sabía arreglárselas para ubicarse en la ventana sin parecer desesperada.

* * *

¿ENIGMÁTICA Y APÁTRIDA?

Lady Rojas Benavente

Hija soy
de un padre de firme roble
madera amazonense con semen peninsular
y del horno materno de Omate
cantando la vida en quechua
amándose
en la cruz norte oriental unida al sur del vergel de peras
meciéndome desde la cuna
hasta que me depositan sola en el vientre del Océano Pacífico
que me lame la piel y los ojos
salándome el alma para siempre

Pájaros invaden mis sueños y parto libre
vuelo de alas rojas y blancas y rojas

En mis senos grabados eternamente
“el buen gobierno” de Guamán Poma de Ayala
la inmolación ardiente de Túpac Amaru y Micaela Bastidas
los exilios de Clorinda Matto de Turner
y de Mercedes Cabello de Carbonera
el pan esencial de Vallejo y de Portal
los himnos arrítmicos de Belli y de Varela
versos latiendo en mi alma en vilo
todas las sangres del gran Arguedas

Pájaros invaden mis sueños y parto libre
vuelo de alas rojas y blancas y rojas

Voy ebria de pisco en mis venas
cajón negro resuena
en el corazón de ¿mujer enigmática y apátrida?
sin tiempo de los Andes
mortaja de eucalipto del Perú y arce de Quebec
palabras y cuentos de Les enfants d’ailleurs de Gabrielle Roy
para mi tumba de garúa gris

Pájaros invaden mis sueños y parto libre
vuelo de alas rojas y blancas y rojas

RESPIRATION DE L'ÎLE

Alejandro Saravia

combien de continents ont été nécessaires
pour bâtir les sentiments de cette île
pour faire bouillir dans ses marmites
un couscous d'agneaux bénis, l'eau du café matinal
pour faire cuire les oignons français
avec des tomates mexicaines et des verbes africains
tout sous l'ombre du grand corbeau huron
sous le regard des beaux loups iroquois

île, ventre fertile dans les bras de l'eau, à toi les bateaux et ses âmes

qui font cracher à la Mort
une dernière promesse pour vaincre le typhus
et poursuivre ainsi la journée sur les chemins de la lumière
corps habillés qui montent vers le nord du Vieux Port
en marchant sur le boulevard Saint-Laurent
des pas d'hommes désespérés, et cependant en riant
pleins de foi, qui marchent avec de vieux sabots sur les pierres mythiques
ils ne feront pas l'Amérique, mais une île qui navigue
dans un océan de rêves quand tous dorment,
une île qui flotte sur le bout des petits doigts des enfants

tout inventaire d'hommes venus de terres lointaines est inutile
ils sont tous venus du village poussiéreux en Amérique latine
de la ville arabe assiégée par des dieux sanglants
au commandement des avions de combat
depuis les rues de terre rouge en Afrique
où les filles sont séquestrées parce qu'elles sont des filles
tous sont venus pour guérir leurs esprits avec le baume de la neige
avec le silence mystérieux et bienfaisant de l'hiver

île de Montréal, mère québécoise qui, à son oreille
toutes les langues chantent
des promesses, des aveux, des rejets et des jurons
dans tes ruelles nous chuchotons des mots trempés dans le sirop d'érable
pour récolter l'humidité tremblante d'un baiser chaud sous la lune de juin

et nous mélangeons ainsi nos nouveaux démons avec vos vieux démons
et nous fruitons des nouveau-nés sur la vieille souche
le rêve oublié d'une terre nouvelle appelée Ludovica
que le temps érodé sans pitié ni rancune

sortez tôt un dimanche et flânez d'un coin à l'autre sur le boulevard Saint-Laurent,
descendez de Jean-Talon jusqu'au Vieux Port de Montréal
regardez les murs de briques exsangues
les vieilles façades des commerces qui dorment
les restaurants vides derrière les grandes fenêtres,
les chaises encombrant les tables pour mieux laver le plancher
ni grands gratte-ciel, ni audaces architecturales, ni maisons ploutocrates
rien que des petites maisons, des boîtes à chansons, des poutineries
des petits marchés de légumes et fruits étranges, des temples de la viande fumée
des comptoirs de saucisses hongroises, des jambons espagnols, des cafés italiens
des Portugais devant leurs viandes grillées

des Chiliens sirotant de bons vins rouges
des Arabes émerveillés par la chimie d'un hummus bien réussi à la maison
des Argentins mélancoliques en écoutant de vieux tangos

et il y a des Québécois qui baignent leurs esprits au milieu de ces gens

entourés par leurs mondes dans une même rue

en grandissant dans ce capharnaüm de belles choses

avec des sentiments nouveaux, des inclinaisons apprises,
ceux qui soupçonnent qu'il y a quelque chose devant eux qui dépasse
les limites des petits rêves fleurdelisés, ceux qui ne ressentent plus la soif
de se sentir assiégés, de se renfermer dans un petit village

et monter aux parapets de l'angoisse
ceux qui n'ont pas peur d'aimer des filles qui murmurent

des mots de désir en langues étrangères
et les femmes qui aiment se faire aimer

en écoutant des poèmes en turc et en arabe, en farsi et mandarin
ceux qui aiment en retour avec leurs paroles québécoises,

dans leur joual irrévérent et joyeux, en semant dans la nuit
les plus douces semences, les fruits les plus étranges.

voilà le mystère

un mur de brique sur le boulevard Saint-Laurent

reste un mur de brique
jusqu'à ce qu'il devienne le scénario pour que les gens qui habitent la grande ville
jouent à leur tour leurs rôles bien-aimés,
car ils incarnent l'un devant l'autre ce qu'ils imaginent

le plus grand rôle de leur vie,
celui d'être des Montréalais dans l'île la plus île

la grande scène à ciel ouvert au Canada

la ville n'est pas seulement un ramassis de murs

de ciments, de bétons et d'asphalte
un mélange de vitres, de portes et fenêtres,
une série de colonnes, de stations de métro, d'aéroports,
car une ville a toutes les choses qui font une ville

des mairies, des écoles, des cafés,
mais ce qui fait vraiment une polis n'est pas le nombre de rues et maisons
ce sont ses gens, les grands acteurs venus du monde entier
ceux des Îles-de-la-Madeleine

et ceux qui arrivent de la ville de Québec et de Katmandou
ceux de Calgary et de Caracas, de Trois-Rivières et de Toronto
tous des immigrants qui viennent jouer à être de vrais Montréalais
dans la plus humble des îles sur le fleuve Saint-Laurent

et ils le sont

* * *

HUELLAS DE SANGRE

Pablo Salinas

Eran las tres de la tarde y habíamos llegado al hospital sólo de visita, pero los médicos nos dijeron que la abuela se había puesto grave y necesitaba la transfusión. Sin perder tiempo en los detalles, el mismo abuelo se remangó la camisa y extendió el brazo a las enfermeras. “No hace falta tío”, dijo Koki. “Yo me encargo”.

Algunos sonreímos, desconfiados, Koki usaba siempre ropa manga larga desde su conversión al Evangelio, pero yo sabía que tenía los brazos marcados por agujeros de jeringas que no eran de hospital. Como alternativa, una voz sugirió al primo Bambán. La tía Cruz, sin embargo, después de persignarse, alegó que un hache confeso no era recomendable para la transfusión. El gentío, más ducho en apodos que en ortografía, tardó un poco en comprender que hache aludía a la homosexualidad de Bambán, pero supo reaccionar con gran intensidad. Otras voces ajenas a la familia se levantaron a favor y en contra de la tía que movía los dedos mientras defendía fervorosamente sus convicciones, hilvanando un rosario imaginario.

“No pues Crucita. No pues Crucita. Así no es”, gritaba el padre de Bambán, bloqueando la entrada a dos guardias de seguridad.

Aprovechando la discusión, escapé hacia los ascensores. Una vez en el sótano del hospital, caminé buscando la salida hasta la sección de emergencia. Como parecía que me internaba cada vez más, traté de cortar camino cruzando un área reservada. Desesperado, avancé apenas unos pasos esquivando una línea roja y ya casi veía la salida, pero de pronto se encendió la alarma del hospital.

“Salga de aquí, se va a contagiar”, gritó una mujer vestida de blanco parada junto a un aviso de Clotrimazol, detrás llegaron dos enfermeros vestidos como astronautas. En ese momento alguien me dio una palmada. Mi madre y mi primo Balán sonreían secándose un poco el sudor, satisfechos de haberme encontrado. Balán pesaba unos veinte kilos más, pero teníamos la misma edad, el mismo tipo sanguíneo y el mismo entusiasmo por colaborar. Por ello mi madre, había agregado mi nombre al suyo como voluntarios de aquel sacrificio de sangre. La discusión familiar había terminado.

Ya en el ascensor, nadie me reprochó nada. Con su generosidad acostumbrada, los demás parientes cambiaron pronto los reproches por algunas palmadas de solidaridad mientras se acercaban. Así forzamos la entrada al área de laboratorio en una pequeña procesión comandada por Balán y seguida por un curioso gentío, tal vez parientes, empeñados en manipular o, quién sabe, robarse algún utensilio fuera de su sitio. “Fuerza Manuel, fuerza”, escuchaba de vez en cuando.

Era una tarde calurosa de febrero limeño y después de que Balán saliera del laboratorio en olor a multitud, directamente hacia las carretillas de heladeros, la enfermera me condujo hasta un rincón. Al miedo, que se me escurría por la nariz, correspondió con una amable sonrisa, mostrándome los dientes atrapados dentro de una intrincada red de alambres y filamentos.

“A mi novio también le dicen Balán Gonzáles, pero no por futbolista”, comentó.

“Pero yo me llamo Manuel”, le respondí, “Balán acaba de salir por un helado”.

Ella ya no contestó y, afanada como estaba en limpiarme bien el brazo, comenzó a consultar un reloj parecido a los que usan para pesar pollos en el mercado. Cuando terminó, colocó un cuestionario a medio llenar entre mis manos. Septisemia, gonococo, ETS y otros términos del cuestionario, se articulaban tranquilamente en esa boca atrapada en una maraña de hilos plateados. Cada vez que repetía una pregunta se aproximaba al máximo para asegurarse de la honestidad de mi respuesta. Si notaba el mínimo de vacilación, acercaba la cabeza frontalmente, vocalizando al máximo cada palabra: “¿I-T-S?”. En el intento, sus fosas nasales se dilataban y algunos pelillos curvos, casi con vida propia, asomaban por un momento.

Si bien en los pasillos parecía que todo el mundo andaba corriendo contra el tiempo, yo había hecho lo posible por retrasar el momento de sentarme en esa esquina donde se hacían las ofrendas. Pero después, ya resignado, estiré mi brazo y comencé a ver salir gota tras gota, seguidas de un chorro más denso que continuó por largo rato. Al otro lado de la manguerilla, una bolsa gelatinosa comenzaba a hincharse y el color rojo inicial se iba oscureciendo hasta casi llegar a negro.

En eso comenzaron las arcadas. La enfermera me tenía del brazo y cuando me vio convulsionar me sujetó violentamente.

“¡Si le entra aire a la bolsa, la tendremos que tirar!”.

Con las piernas temblando, yo continuaba retorciéndome, la bolsa estaba casi llena. Ya falta poco, pensé, unas gotas más. La sangre seguía corriendo y yo hacía lo posible

por mantener la jeringa pegada al antebrazo. Después de todo se trataba de la abuela. Yo mismo la había visto ponerse pálida, amarilla y después casi anaranjada. Más que cualquiera de esas sombras que se amontonaban detrás de la puerta del laboratorio, tenía yo el recuerdo largo y fresco de su agonía, escuchando sus gemidos de dolor durante las noches, viéndola adelgazar hasta casi desaparecer bajo los huesos, llenarse de sondas por donde le chorreaban líquidos verdosos, gritar por ayuda que nadie podía darle, para finalmente llegar al borde de una apacible y mortecina locura. Un poco más de sangre en esa bolsa que se iba llenando de burbujas y la abuela volvería de nuevo a la vida. Unas gotas más, pensé, y podré ir por una jalea mientras a ella le ponen el hígado de algún desaparecido. De pronto sentí un dolor, como el filo de un cuchillo, desde la columna hasta el cerebro, y mi cabeza se dobló apoyándose contra el vidrio.

“¿Está bien, joven?” me pregunta una señora en español.

Hace algunos días que nadie me habla en español, y varios años desde que alguien me llama joven.

“Sí, gracias, me quedé dormido”.

“Es bueno despertar y saber que no estamos solos, que hay alguien preocupado por nosotros”.

“Sí, seguramente”.

“¿Eres mexicano, joven?”

“No, no soy”.

“Station, Assumption”, repití la grabadora del metro y el metro se detiene violentamente.

Algunos pasajeros tropiezan con las mochilas regadas por el piso.

“Tengo un regalo para usted”, dice la señora, ignorando los gritos de un tipo que bloquea las puertas abiertas del metro, pugnando por hacerse un lugar dentro del vagón.
“Recíbalo sin compromiso”.

Levanto la vista para mirarla mejor y encuentro sus ojos azules a corta distancia. La quedo viendo hasta retroceder frente al primero de los mechones rubios que llegan con la ráfaga de viento tibio de la calefacción del metro. Al verla completamente reconozco un ejemplar del Metro de Montreal entre sus dos manos. Parece que me lo va a dar, pero finalmente saca una revistilla gris con dibujos de ángeles sufrientes y la boca filuda de un demonio apareciendo desde una esquina.

“No, gracias, señora”, le digo.

“A veces pensamos que podemos por nosotros mismos. Ya usted ve. La soberbia...”.

“No, señora, gracias”.

“No tiene que leerlo ahora, guárdelo. Los jóvenes piensan que todo lo pueden. Ya ve usted, joven, lo que pasa”.

“La próxima vez, señora, ahora no, muchas gracias”.

“Esta noche viene un reverendo desde Idaho, el pastor Molina, hombre del mundo que fue pastor de ovejas. Y hoy es pastor de hombres”.

La señora comienza a cogerme de la mano y ahora el mundo entero se detiene, atento a nuestra conversación.

“Usted desconfía, joven. En el mundo hay gente que lo ama, recuerde.... Amar es el más bonito de los mandamientos”.

Alguien suelta una carcajada alrededor. La sangre se me sube hasta las orejas. Un par

de chicas comienzan a comentar en francés sobre el fin del mundo en el dos mil doce. La señora las mira desconfiada, pero pronto recupera toda su autoridad, concentrada nuevamente en nuestra conversación.

“¡L’amour...El amor no es obligación señora, leave me the fuck alone!”, le digo, pero el grito no es para ella, sino para que lo oigan todos los demás, tal vez ya distraídos en su propia conversación.

Sin perder la calma, ella gira el cuerpo y libera el espacio para un hombre de pelo blanco, posiblemente pintado, con el cuerpo inclinado hacia mi asiento, muy atento.

Una vez pasado Préfontaine, la mujer se marcha y deja la revista sobre el asiento del vagón casi vacío. Ninguna de las chicas quiere sentarse. “Prochaine station, Frontenac”, repite la grabadora del metro y ella se dirige hacia la puerta acompañada por otras dos personas. Una de ellas es el hombre grande cuya pierna había quedado atascada en la puerta por unos segundos, dos paradas más atrás.

Cojo la revista y se la voy devolver pero el hombre de pelo pintado de blanco estira la mano.

El metro sigue su marcha y yo no quiero dormir más. A mi lado el hombre observa con avidez los dibujos de la revistilla. Sus dedos inquietos de vez en cuando parecen dirigirse hacia mí, como queriendo preguntar qué dicen las palabras debajo de los dibujos, pero no se anima a decir nada. “A veces pensamos que podemos por nosotros mismos”, recuerdo yo, mientras veo al tipo esforzado en descifrar por su cuenta los mensajes en español que acompañan las fotos de ángeles, trompetas y barrancos.--

ME DIJISTE QUE VINIERA

Neyda H. Long

Me dijiste que viniera...
el color de mi piel no importaba

Me dijiste que viniera...
encontraría las flores en su esplendor
y las frutas cubiertas con el rocío de la mañana.

Me dijiste que viniera...
me entenderías con el idioma universal de la humanidad
El viento gélido del norte

heló mi garganta
mis palabras se volvieron hielo...

Me dijiste que viniera...
Esperé tu bienvenida
encontré tu silencio...

Me dijiste que viniera
que me abrazarías
encontré mi soledad.

Me dijiste que viniera
entonaríamos la canción universal
escucho hoy los murmullos ancestrales
y encuentro las lágrimas de muchos pueblos
derramadas en silencio.

En su danza
leo la historia de un deicidio
en su danza puedo entrever
te extendieron la mano fraternal una vez
hace muchas lunas...

Me dijiste que viniera
encontraría libertad
Volaría por un universo sin límites
Me encontré en una jaula de vidrio...
solo puedo ver el espacio infinito sin poderlo alcanzar...

METRO. ESTACIÓN PLAMONDON, 5 DE LA TARDE

Luis López

Del trabajo a la casa
se regresa perdidos entre los intersticios Este-Oeste
de una ciudad (¿pos?)(¿neo?) colonial
mis hermanos como que deambulan
entre líneas de autobuses y metros
leyendo mundos apartes
en periódicos gratuitos con trampas comerciales costosas.

Cuántas tristezas entre tanto orden.
Metro. Station Plamondon (Estación de jamaicanos).

No acostumbrados a criticar
ni al padre ni a la madre
peor aún, no se critica “la mano que te da de comer”.

Y cabizbajos se enfrascan en silencios malignos
mudos ante el francés dicho en tres sistemas
mudos ante el fascinante inglés
mudos de su lengua
discursean con esquemas publicitarios
y ante las ropas de marca de gente cool.

¡Station Côte-des-Neiges!

Un Mayor de ¿Filipinas? me mira...
No sé, de repente tengo vergüenza
de husmearle su dignidad
callo mi lápiz
y me voy entre quebraduras de líneas rectas y torcidas...

EN UN MERCADO HAITIANO

Camila Reimers

Wouj, zoranj ak jòn koulè. No hablas creole me dices, y ¿piensas que no lo sé? No, no lo digo para molestarte, más bien por aburrimiento. Llevo más de cuarenta años colgado en murallas de casas diferentes, rodeado de personas que se gritan en inglés, alguna veces en francés, otras en español, en cualquier lengua, menos la mía. Extraño a mi gente, deseo volver a mi tierra y el creole me acerca a ella.

Pero no me voy a poner a discutir contigo, te conozco hace más de cuatro décadas y sé que eres testaruda. Te decía que los tonos rojos, naranja y amarillo que la artista utilizó al pintarme son los colores que llevan los vestidos de las mujeres y las camisas de los hombres en el mercado donde me compró tu amiga. Tal vez podría agregar el verde, sí, entre el cielo azul y los canastos llenos de tomates, bananas y mangos, se montan las camisas y los pañuelos verdes bajo los sombreros que protegen a los vendedores del sol, ese sol fuerte del Caribe que cae sobre sus espaldas y les regala una piel caoba.

*Manman ou pa la lalé nan maché
papa ou pa la l'alé larivyè
Si ou pa dodo kerab la va mange'w
Si ou pa dodo kerab la va mange'w*

Duerme, niño mío, Si no te duermes, el cangrejo te va a comer. Cantaba la negra meciendo a su niño agarrado a la teta mientras que con su mano libre hundía el pincel en los colores y cubría a hombres y mujeres de anaranjados, rojos, amarillos y verdes. Con los

últimos brochazos hizo líneas negras para darle forma a los canastos y sombreros, luego me llevó al mercado artesanal de Puerto Príncipe ansiosa de venderme a algún turista.

Recuerdo, como si fuera ayer, cuando se acercaron dos mujeres parecidas, sin embargo, la diferencia de edad me enseñó que eran madre e hija. No llevaban cámaras fotográficas, así es que no eran turistas, por otro lado, tampoco eran locales pues les atraían los matices de las obras de arte exhibidas sobre la grama. Compraron tres cuadros, yo entre ellos, me llevaron a casa y entre lágrimas la madre se despidió de su niña. Había atravesado el océano para estar con ella, sabiendo que Maru no podía volver a su patria, la acusaban de revolucionaria y había sido expulsada de su país natal, en 1973 Chile estaba de luto.

Quiero que este cuadro sea para Cami, dijo tu amiga.

Es así como partí, dejando el olor salino que se mezclaba con el dulzor de las piñas, el mercado de artesanía que me vio nacer y las olas que reventaban entre las caracolas. Una larga y angosta faja de tierra fue mi primera escala, pero estuve poco tiempo allí. A los meses de haberme recibido, me descolgaste y terminé metido en una de las tantas maletas que llevabas a Caracas. Por esas cosas del azar (si es que existe el azar), Maru, había también viajado a Venezuela. Ustedes continuaron conversando, de amigas en la universidad en el pedagógico en Santiago,

pasaron a ser inmigrantes que mecían a niños criados lejos de los abuelos y seguían añorando volver a su patria. Conversaron por cinco años hasta que volviste a partir, otra vez me encontré en una maleta, rodeado de papel para protegerme de los porrazos al saltar de un avión a otro.

Tal vez por nostalgia, o quizás te gusto de verdad, habías decidido que siempre me ibas a llevar contigo.

Cuando llegamos a Vancouver, en Canadá, viajé por el país atravesando Montreal, Sudbury, Ottawa, es en este último lugar donde he pasado la mayor parte de mi vida. La verdad es que no importa la nieve que cae afuera de la casa, yo siempre tengo calor pues cuando te metes en mi mundo, Haití sigue vivo, tiene color que se engalana convirtiendo el paisaje en un poema.

Maru, la chica que me compró en el mercado, ahora está de vuelta en su tierra, en el sur verde y húmedo desde donde sigue comunicándose con los amigos de toda una vida. ¿Recuerdas la fotografía que le enviaste para navidad? Ella se sorprendió al leer el mensaje: Amiga, el cuadro que se ve en la pared detrás del árbol lleno de luces es un regalo que hace más de cuarenta años me enviaste desde Haití.

Su respuesta te hizo reír: Uf!!! cuarenta años no es nada, que febril la mirada, es un soplo la vida... besitos Cami.

* * *

GEÓGRAFO DE SUEÑOS

Jorge Alfonso Cabas

Nací poeta: geógrafo de sueños,
explorador de cordilleras,
vine de más allá
de los relámpagos de espejos,
donde el Caribe imperio
bautiza de fuego mi escritura
y teje las formas invisibles
de mis cantos tutelares,
ardo allí donde la hoguera
hechiza de versos mis auspicios
y la soledad suprema
se torna en mi esquiaje,
si de los antiguos nombres
forjo sueños infranqueables,
que es de esta quemadura mi aliciente,
si de Grecia a América bordeo la geografía,
que en sus sabios bardos
calle entonces mi figura,
si de reluciente Olimpo es mi plumaje
y del color de los mil años es postrera.

RODRIGO

UN POÈME POUR MON AMI RODRIGO GONZÁLEZ, QUI EST DANS LES ÉTAPES FINALES DE L'ALZHEIMER

Hugh Hazelton

Rodrigo

Je t'ai connu dramaturge acteur mime écrivain homme sage et ami qui créait blaguait riait inventait imitait parodiait souriait innovait le tout tellement vite que tu étais presque sans souffle en arrivant du Chili avec le théâtre et le cinéma de cette grande libération toi qui continuais à écrire immédiatement tes propres pièces comme *Avenida de las libertades* en espagnol et en français une vingtaine au moins et qui dirigeais des pièces collectives et t'entendais bien avec le monde avec ton esprit vif agile drôle gentil doux compréhensif chaman espiègle présent dans le présent tu m'as montré tes poèmes *subdesamundo* qu'Orphée publiait était en train de publier et enfin ne pouvait pas publier et puis cette nouvelle tellement nouvelle et magnifique "El circo" sur les enfants chiliens d'un petit village du sud presque en Patagonie qui vont au cirque pour la première fois et qui m'a touché un souvenir et fait rire et que j'ai traduite et mise dans l'anthologie *Compañeros* et ensuite ton livre magnifique de contes zen qui se passent parmi les animaux de l'Afrique *Cuentos de la cabeza y la cola/Contes de la tête et de la queue* tellement frais enjoué original profond plein de sagesse avec des dessins bleus zen-chiliens de Waleska Salinas un livre sur la comédie humaine ou animalienne qui est toujours présent dans le présent comme les bouddhistes et zenistes et taoïstes nous disent et que nous avons fait traduire et publier chez Les Éditions de la Naine Blanche avec un grand lancement dans une salle de classe de primaire après l'école l'endroit parfait parce que t'as toujours compris l'esprit des enfants qui vivent toujours dans le présent le maintenant de maintenant sans se perdre dans le passé ou s'égarer dans le futur avec plein de monde t'avais tellement d'amis Margarita Lucie Enrique et plus tard t'avais ton propre cirque pour enfants et adultes à compréhension multiple que tu montais avec Christine comme Le Théâtre-cirque Kaos avec lequel vous avez fait des spectacles dans les écoles les salles les lieux en plein air au Québec en Belgique à Burkina Faso et au Chili pour que les petits et les jeunes et les supposément grands puissent interagir avec vous qui parliez avec des grimaces des gestes des sifflets les ingéniosités pour impliquer le public dans le jeu de communiquer sans un mot justement pour parler avec le visage les yeux les mains et être en contact avec la surprise l'étonnement l'émerveillement la connexion par émotion toujours pour vivre dans le présent qui est infini et éternel si seulement on pouvait s'en rendre compte et rester là-dedans après l'enfance quand on devient plus vieux plus soi-disant adulte plus affairé et moins capable de comprendre cette omniprésence temporelle qui est là pour tout le monde depuis le début du monde et jusqu'à la fin du monde dont parle Kerouac dans *L'Écrit de l'Éternité d'or* et dans laquelle tu vis tu ris tu mimes tu danses maintenant que le temps s'est érodé autour de toi et tu tournoies dans ce grand présent fluide et aveugle avec de moins en moins de mémoire les souvenirs qui s'effritent comme dans *La peau de chagrin* de la maladie et de l'esprit mais avec ta naturelle véracité totale qui arrache mes pensées et ma tristesse et qui est toi l'essence de toi le noyau le grain quand toutes les paillettes tombent le cœur au cœur rodriguien que tout le monde qui te connaît et que t'as connu apprécie et aime tellement le Rodrigo insouciant et entraînant qui s'ouvre et se donne tellement vite et complètement aux autres le Rodrigo qui ne reconnaît plus que la voix des gens et ça à peine le Rodrigo de mon amitié depuis tellement d'années et qui est maintenant présent toujours au présent toujours au présent toujours présent

YUL

Jurgen Jiménez

“Mesdames et Messieurs, nous allons atterrir à L’aéroport de Montréal, dans quelques minutes. Il est 8 heures 30, la température extérieure est de 13° Celsius.”

“Ladies and gentlemen in few moments we shall land at Montreal airport. It is 8h30 in the morning; the outside temperature is 13° C.”

Ella abrió los ojos mientras la azafata daba las últimas instrucciones de salida del avión. Sus facciones, marcadas por una sonrisa de esperanza, daban a entender que se sentía más que llena de motivos para comenzar esta nueva parte de su vida. Inclusive la había marcado haciéndose un tatuaje de un pequeño colibrí en la parte interna de su antebrazo izquierdo. El símbolo de todas las cosas hermosas y tristes que habían ocurrido en su vida y que ahora solo serían una parte del pasado, aunque las llevaría para siempre marcadas en su piel.

¿Cuánto tiempo había tomado realizar este sueño? Algún número entre 2 y 4 años, todo para poder ver una primavera montrealés, para empezar aquí, por fin, a desempolvar sus anhelos escondidos. Caminó entre los pasajeros y se dió cuenta de la profusión de nuevas lenguas a las cuales tendría que acostumbrarse con el tiempo. Y a pesar de que pensaba que ella sería la única latina en esta inmensa ciudad, pronto se había dado cuenta que no era ese el caso, ya que en el vuelo de Toronto a Montreal había empezado a hacerse amiga de una familia de chilenos que regresaban a casa después de

unas vacaciones en su país de origen, y fue allí donde empezó a atisbar la ruptura que queda para siempre en el corazón de todos los expatriados. Sin embargo, ese sentimiento agrídulce estaba contrarrestado por el orgullo que era evidente en los ojos de los dos padres al hablar de sus hijos. Ellos, la familia en pleno, la acompañaron a reclamar su equipaje y cuando tuvo las maletas en su mano se dió cuenta de la enorme distancia que había recorrido: CCS - YYZ - YUL, eran las etiquetas que indicaban las etapas del viaje que acababa de completar y casi sin pensarlo tomó las maletas como antiguas compañeras que se reencuentran.

De repente bostezó y recordó que no había desayunado realmente, así que decidió hacerlo antes de continuar. Se acercó a uno de los lugares que vió más próximos y dudó por un momento antes de acercarse al mostrador. Cuando el hombre le habló, se sorprendió aún más: el famoso acento quebequense la tomó por sorpresa, ya que era bastante diferente de aquel que había aprendido en su ciudad natal. Debido a esto, se tomó un segundo de más tratando de elaborar la frase completa y afortunadamente la persona, tal vez debido a que trabajaba en el aeropuerto, fue suficientemente paciente con ella. Momentos después saboreaba su primera taza de café con un bagel, recomendación del cajero. Tenía un sabor extraño y se dió cuenta que el choque culinario sería uno de los tantos a los que tendría que acostumbrarse en su vida: el bagel tenía en el centro algo de crema agria y salmón, nada que ver con la dulzura con la que ella solía asociarlos. Una vez que terminó su

desayuno y con el café en la mano, empezó a pensar cuál sería su siguiente paso.

Empezó por evaluar mentalmente su inventario, especialmente su ropa: de su tropical país nativo traía la suficiente ropa pero no sabía a ciencia cierta si la protegería del clima del que tantos cuentos de terror había leído. Sin embargo, algo la alentaba: la temperatura que había escuchado al salir del avión era fría por sus estándares, pero no lo era tanto por lo que tenía entendido del país. Miró por una de las ventanas y se dió cuenta que el día se veía despejado, pero también se percató que las personas que veía estaban algo más abrigadas de lo que ella estaba acostumbrada a ver. Fue en uno de esos atisbos cuando lo vio a él, en el nivel bajo del aeropuerto.

El hombre, vestido con una sencilla chaqueta gris y un jean, esperaba en el primer piso, buscando entre la multitud el rostro de ella. Sin embargo, era evidente que no lo iba a encontrar, ya que ella se encontraba oteándolo como un halcón con sus hermosos ojos marrones. El hombre empezó a recorrer las diferentes salidas del aeropuerto mientras la seguía buscando insistentemente y al cabo de un tiempo decidió sentarse y esperar, tal vez suponiendo que ella simplemente había tomado el vuelo siguiente. Ella, con el café aún en la mano, contempló al hombre sin saber bien la razón que le impedía bajar a su encuentro, y solo tomo un sorbo más mientras meditaba la cuestión.

Ella recordó cuántos años tenía de conocer al hombre y cuánto esfuerzo había empleado él mismo en su propio viaje de descubrimiento, como solía llamarlo, siempre esperándola. Los últimos meses habían sido

especialmente tortuosos para los dos, ya que por un lado sus planes estaban a punto de materializarse, y parecían verse cada vez más lejos. Su relación, que había pasado por tantas fases, era ahora sobre todo una relación de besos transmitidos a través de la pantalla de un celular o de una computadora.

La mujer miró en las pantallas y se dió cuenta que el próximo vuelo llegaría en aproximadamente 40 minutos y decidió, con algún tipo de idea aún no suficientemente clara, esperar y caminar por el segundo nivel, explorando la arquitectura de este lugar al que llegaba. Sin embargo, para su decepción, se dió cuenta que todos los aeropuertos tenían características más o menos similares y arquitecturas también similares. Deambuló por los pasillos aún no completamente ocupados y escuchó el ruido de sus propios pasos en las inmensas baldosas del edificio. El sonido anunciando la llegada del próximo vuelo logró despertarla de sus cavilaciones y se acercó de nuevo al mismo punto de observación, tratando de localizar al hombre con su mirada. Cuando al fin lo pudo localizar, él se había quitado la chaqueta, ya que evidentemente la temperatura interna era superior a la que la esperaba afuera, y recorría con sus ojos tranquilos como un león recorriendo la pradera.

Ella lo miró, y al ver sus ojos tristes y tranquilos, tuvo un momento de claridad: antes que él pudiera verla, salió del aeropuerto por una de las puertas más lejanas a donde él se encontraba y se montó en un taxi. Su nueva vida había comenzado.

* * *

MY WORLD AS SEEN FROM THE GROUND FLOOR

Jesús Maya (Martín Agonía)
Traducción al inglés de Jeannine Pitas

This morning the “migra” showed up
at my workplace.
Grey uniforms, documents,
a photograph in hand.

They asked me
if I knew the person from
apartment 608,
I don't recall his name.

“OK, do you see this building?
The brown one?
That's not it, go over there
turn right, toward the East”
I thought...

“Until you reach the first highway
and then head south
until you hit the first intersection...”

“Park your car anywhere
and walk, forget.
Get yourself a real job
you creepy, ugly man”

That's what I wanted to say
but instead I just smiled
while, staring into his eyes,
I said no -
I didn't know who he was looking for -
In English, of course.

MY WORLD AS SEEN FROM THE FIFTEENTH FLOOR

It's winter and I have work
I sweep in the crevices
the vacuum cleaner won't reach.

Have you ever found yourself
with a stable job
that doesn't end with the coming of
winter or any other season?

To not have to sit around waiting for a phone call.

It's comforting to know the hour
when the work day
will end.

That's how I feel this winter,
I have a job
with the same fears as always
you know what I mean.

Since the day you came into my life,
dearest Paloma,
I'd rather forget
the usual fears.

Who would want
a surprise in the appendix
or the gallbladder?

Or the “migra” breaking this premature sense of safety
while I live in my world
on the fifteenth floor?

DEL AFEITADO

Pascual Delgado

** Traducción de "On Shaving" ©Pascual Delgado*

Cada vez que me afeito siempre me acuerdo de mi papá, y de una de las más conmovedoras memorias que retengo de mi infancia: el día que mi papá me trajo al barbero para que me afeitara por primera vez. Me imagino que antes de fallecer a los 36 años, él quería acompañar a su único hijo al imperecedero ritual del primer afeitado —aunque, a decir verdad, yo sólo tenía a los 12 años de edad unas miserables pelusitas de incipiente bigote bajo mi nariz.

Esta iniciación sólo se practicaba en los países latinos y quizás en algunas otras culturas mediterráneas —una especie de rito de pasaje a la madurez o confirmación secular. El primer brote de vellos en el cutis de un niño era —hasta hace poco— evidencia de su arribo a la adolescencia y del fin de su inocencia, con todas las connotaciones simbólicas que esto conllevaba: virilidad, bravura, osadía, etc. Que le tildasen a uno de “niño imberbe” era entonces un tremendo insulto.

Hasta ese día de mi primer afeitado, sólo había visitado la barbería para que me cortasen el pelo —un corte al raso radical que era estándar para niños en la década de los cincuenta. En Cuba se le llamaba a este estilo “la malanguita” refiriéndose a un moñito ridículo que le quedaba a uno en el pico de la cocorotina. Ahora había de ser introducido al exótico mundo de los afeites, con toda su parafernalia: los olores exóticos de la crema de afeitado, de la toalla hirviente, de los tónicos y ungüentos misteriosos que sólo los barberos conocen, mezclados con el humo de tabaco de los clientes.

La barbería era en esa época una especie de club para caballeros, una reserva exclusiva sólo para machos, donde los clientes podían descansar, leer las páginas deportivas del periódico, disfrutar mirando los retratos de las estrellas semidesnudas de la farándula que adornaban las paredes, y apostar a los caballos con los corredores locales. Debates violentos y ruidosos acerca de los campeonatos regionales de pelota o de los partidos políticos se sazonaban con chistes pícaros compuestos por lo general de imágenes eróticas, fecales o escatológicas. Para un niño de doce años de edad todo aquello era más espantoso que perderse en un circo.

Mucho más horripilante era ver al barbero afilar su tremenda navaja: Éste sacaba su “matavaca” recto con filo de ocho pulgadas de largo, y se ponía a afilarlo con una gruesa correa hasta que podía cortar transversalmente un pelo en cuatro partes.

Así lo recuerdo: Mis ojos saltan de sus cuencas de tanto miedo, mientras que todos en la barbería se ríen a carcajadas comentando las torturas que voy pronto a sufrir. El barbero pisa un pedal debajo de mi silla y ésta sube hasta el nivel de su cara. Comienza a espumar mi cutis infantil, tratándolo como si estuviese todo cubierto de pelos. La crema está caliente pero alivia mis mejillas. Mi papá observa orgulloso como su hijo valientemente lo acepta todo muy quieto y sin lloriquear durante la defenestración.

Tras lo que me pareció un lapso interminable, se consumó el ritual y pude

bajarme de la silla del barbero –supuestamente desbigotado, ya por fin un hombre hecho y derecho, refrescado por la loción post-afeites cuando salimos al calor tropical habanero.

No me acuerdo qué hicimos mi papa y yo después. Probablemente me llevó a una heladería o dulcería local para premiarme con un enorme vaso de batido “frozen” de chocolate, mostrando orgulloso a su hijo recién afeitado a todos sus compinches del recinto –que olía maravillosamente a café recién colado, pastelitos de guayaba y cangrejos calientes –fragancia que solamente emanan los cafetines latinos.

Mi padre nunca llevó barba, sino más bien un bigote tipo lápiz à la Clark Gable, como usaban los aviadores y marinos aliados durante la segunda guerra mundial. Mi padre –debo aclarar– hizo su servicio militar como operador de sonar en un caza-submarinos que patrullaba el mar Caribe, al acecho de U-Botes alemanes. A veces cuando me afeito hoy, ya viejo, me pregunto cómo hacía para afeitarse a bordo de ese bote cuando jadeaba y planeaba sobre las oleadas tormentosas del Caribe? ¿Usaba mi papá una navaja recta como la de los barberos? No estoy seguro si ya Gillette había inventado la maquinilla de afeitar para esa época.

Claro que hoy en día la mayoría de los hombres se afeitan a sí mismos, escapando así por lo menos la mutilación en manos ajenas. Afeitarse es un arte que se aprende lentamente y tras mucho desangre. Hay ciertas reglas que uno debe radicar profundamente en su subconsciente a no ser que sea masoquista: Nunca se afeite paralelo al filo de la navaja. Nunca se afeite contra la corriente. Nunca se afeite la nariz. Cambie su navaja al menos una vez al mes. Bañe su navaja en alcohol la noche

anterior para prevenir infecciones. Para mí, un buen día es aquel en que sé que no me tengo que afeitar mañana.

Cuando triunfa la Revolución cubana, mi padre ya se había muerto de una enfermedad rarísima que hasta hoy nadie ha podido diagnosticar a ciencia cierta. Él se perdió la metamorfosis de los pelos masculinos en barbas hirsutas y abundantes –símbolo de revolución– enarboladas por los rebeldes que subieron con Fidel Castro las faldas de la Sierra Maestra. Durante un par de años, todo macho cubano se dejó crecer la barba. Se puso de moda. También vimos por primera vez a hombres de pelo largo y greñudo: una revelación para nosotros los adolescentes, criados todos en la imagen de las caras pulcras y podadas y de cogotes engominados con brillantina que usaban los gringos.

Este fenómeno continuó durante la década de los sesenta cuando todo hippy e izquierdista estaba obligado a semejarse al Ché Guevara. Esta herencia peluda fue la que legamos al mundo, infestado hoy de yihadistas y de eco-terroristas de todas clases.

Nunca he de saber qué hubiera pensado mi padre de toda esta locura. Su mundo era mucho más simple y de compromisos morales mucho más claros.

Pero ahora, de vez en cuando, al afeitarme mis canosas mejillas, les juro que él está ahí a mi lado, guiando mi navaja y enseñándome cómo hacer para evitar las mellas y cortadas, y qué cantidad de crema debo aplicar para no desperdiciarla, en esta hora de escasez general...dada la guerra.

* * *

GOD SAVE THE QUEEN!

Iván Medina Castro

*Que éramos prisioneros de la mezquindad
del mundo, acorralados en la mediocridad general.*

Cohn-Bendit

A Gigi Saúl Guerrero

Llegué a Vancouver a mediados del año con la convicción de triunfar en esta provincia sin historia, o cuyo pasado remoto se concentra en la presencia totémica de sus primeros pobladores. Mi objetivo era convertir la vida en una experiencia estética, impredecible y agresiva para plasmarla en una obra carente de principio, clímax y final. En un momento pensé en migrar a París. Me imaginaba recorriendo con parsimonia las intersecciones del Boulevard Montparnasse y su necrópolis para invocar a sus huéspedes pero vaya ilusión, el francés que sabía producto de una relación amorosa con una argelina era insuficiente, por otro lado, los recientes atentados del Estado Islámico y las amenazas de posteriores estallidos fueron suficientes para no hacerlo. Alemania también me sedujo pero existía un problema similar aunque sin riesgos detonantes. Tenía que actuar con objetividad, el único idioma que dominaba era el español y España no era una opción, sus incesantes crisis económicas y su acervado racismo contra los “sudacas” la hacen un lugar no grato. Con el inglés me defendía, por lo tanto, el espectro de posibilidades se redujo a cuatro países: a Australia la descarté de inmediato, la lejanía bastó para ello. Inglaterra nunca me ha interesado más allá de su imagen infractora heredada de su icónico asesino serial y de los punks. Los Estados Unidos ya no eran una posibilidad, en mi última estancia no me presenté a una audiencia por un DUI que adquirí al regresar de un concierto de Godspeed your black emperor y eso me convertía en un prófugo. No había elección,

Canadá emergió como el “oasis”, además tenía los cabos atados, el primo de un amigo me dejaría instalarme en su departamento pero ya sabrán, el muerto y el arrimado a los dos días apestan. Al mes de haber llegado, en pleno día de mi cumpleaños, con total desaplomo, el primo de mi amigo, cuyo nombre no quiero recordar, me dio una semana para dejar su domicilio. El argumento consistió en que el arrendador se había enterado de mi presencia y el contrato estipulaba “NO MÁS DE DOS INQUILINOS”. Aunque todo ocurrió a raíz de que la esposa del primo de mi amigo, me pilló masturbándome. De cualquier manera, la notificación fue inesperada. Quedarse de repente sin donde pernoctar es una sensación intensa. De plano uno siente la levedad del ser, sin embargo no podía comparar mi problemática con lo que vivían cientos de sirios intentando cruzar las fronteras a través de corredores en Macedonia, los Cárpatos, la Transilvania vampírica o varados en Hungría y Austria tras meses dando rodeos, sin mapas, basándose tan solo en la geografía aprendida en el colegio en un intento desesperado por llegar a Alemania o a Suecia. Meditar en ello me hizo ver que siempre existirá otra persona más jodida. De cualquier manera me sentía desolado.

A pesar de la adversidad me puse las pilas y en mi recorrido por el downtown en búsqueda de algún restaurante en dónde trabajar, me sentí que transitaba por las calles de alguna provincia China. Fue hasta entonces que comprendí el mensaje de despedida de mi

hermano: “Suerte en Van-Kong”. Caminé por horas y en cada uno de los comederos en donde me asomé me pedían mi PRCard o la visa de trabajo, documentos que no tenía. Desalentado y hambriento fui al barrio Chinatown para comer arroz frito, terminé asqueado por el atracón y a dos cuadras de donde estaba, en el 165 Penders Street encontré el hotel Ávalon en donde me instalé, quizá allí encontraría a una de las nueve míticas reinas. Pagué por adelantado y mis finanzas quedaron en 93 dólares, suficiente plata para comprarme un booze y encerrarme en mi habitación para empezar a escribir. Mañana Dios proveerá, pensé con sinceridad. Al día siguiente, con nueva visión, salí temprano para presentarme con la ciudad y en mis andanzas me topé con la sede del 13° Vancouver Latin American Film Festival en donde proyectaban “México bárbaro”, vi la película y cuando salí desvié el camino de regreso al hotel y tomé por la antigua vía férrea del Canadian Pacific Railway en Gastown hasta desembocar en East Hastings Street y al transitar por su acera rumbo al Mictlán, a plena luz del sol, bajo la azul bóveda del día, los despojos de la sociedad se arponeaban la vena cefálica hasta transfigurarse en fantasmas errantes. Pronto oscureció y una lluvia tupida la acompañó sin inmutar a los sometidos de la tierra y mientras caminaba a contra corriente de los muertos vivientes, un espectro se me acercó, brilló en el cielo negro un relámpago y la aparición se convirtió en un ser enjuto. De la nada me habló en español y ante mi asombro mencionó haberme visto en la sala del cine, se presentó y sin más preámbulo me invitó unos tragos en el 12 Kings Pub. Acepté la oferta, aún chispeaba y no tenía dinero como para rechazar unas cervezas. Después de cuatro o cinco rondas de Molson y explicarle mi situación, me ofreció su casa y me corrió un churro para olvidar las

angustias. Al principio la mota fue efectiva pero a la larga dejó de funcionar. Cesar Porras era un tipo de unos cincuenta años de quien en un principio desconfié, sin hijos y soltero, de seguro era puto, pensé de inmediato. Pero esa suposición se esfumó pues todos los fines de semana iba a los prostíbulos. Si no se había casado era porque las putas no lo habían dejado.

A dos semanas de estar instalado en casa de mi anfitrión, Cesar me conectó en una constructora para trabajar de labor pero a los quince días me despidieron. Esa misma noche mientras dormía, Cesar entró sigiloso a la recámara, levantó con cuidado las cobijas y una vez acostado a mis espaldas, su hirviente resuello me despertó y cuando traté de asimilar lo que acontecía, con fuerza trató de bajarme los calzoncillos sin apartar su verga que trataba de taladrar mi trasero. Como respuesta le propiné unos codazos rompiéndole la nariz, la boca, la jeta entera y le dejé en claro que le cortarían las huevas por puto. Tomé mis cosas, aproveché para sacarle algunos billetes de su cartera y lo dejé lloriqueando en el umbral de la puerta de salida pero el incidente no terminó allí, la policía me buscaba bajo el cargo de haber causado daño intencional.

Regresé al Ávalon para encerrarme con un seis de cervezas Estela y devorarme algunos libros de la generación beat que obtuve de la biblioteca central y en la precaria sucesión de los instantes, salía a mi ventana a ver pasar golfos, chulos, gigolós, hipsters y truhanes. Mientras aspiraba el aire otoñal me di cuenta que pertenecer a alguna minoría había dejado de ser algo excitante y real como lo fue para Kerouac y para la percepción norteamericana de esa época; ahora lo excitante era estar amenazado... y yo lo

estaba, no a mi integridad física sino a la imposibilidad de conseguir un trabajo digno. De tanto buscar y no encontrarlo, entré en razón de la incongruencia que esto suscitaba. Si se podía estar fornicando, escribiendo, consumiendo fenedryl o realizando cualquier otra pendejada, ¿Por qué diablos la gente seguía mansa ensamblando en la línea de producción? Skyway – trabajo – comer – trabajo – skyway – sillón – televisor – dormir – skyway – trabajo – comer – trabajo – skyway – sillón – televisor – dormir – skyway – trabajo – comer – trabajo – skyway – sillón – televisor – dormir – skyway – comer – trabajo – skyway – sillón – televisor – dormir – hasta un buen día morir.

No sabía cómo actuar, quizá pasar a la clandestinidad era la respuesta, así como los “Weathermen” detonando bombas en las oficinas postales como válvula de escape para así apaciguar por momentos mi frustración e incordio o de plano, sin comprometer a nadie, incendiarme a lo bonzo. Lo admito, al paso de los meses incubé un terrible odio hacia todo lo que me rodeaba. Durante mi deambular por la E. Hastings St. conocí a un paisano que llevaba radicado en el país cerca de diez años, pero para él tampoco hubo alternativas, dos agentes encubiertos lo sorprendieron vendiendo MSMD y aunque logró escapar, se mantuvo en la clandestinidad y hundido en la depresión, cruzó una calle poco transitada sin precaución y murió atropellado. No cabe duda, la muerte siempre aparece de imprevisto, silenciosa, sarcástica y pestífera como una rata muda y flexible que observa desde la cloaca. Jorge Molina permaneció en el asfalto con los ojos abiertos y serenos, acordándose de aquel mundo remoto y distante: la campa, la siembra y el ganado. De esas cosas menudas e insignificantes. Al contemplarlo experimenté una sensación

parecida, aunque mucho menos intensa que afectó sólo a las capas más superficiales de mi conciencia. Hubiera sido mejor quedarme en mi tierra, pensé nomás por pensar.

Tal vez la opción radicaba en una manifestación de un nihilismo puro al estilo King Mob; lanzarme a la aventura vandálica. Sentir por unos días el viento de la historia revolotear por el rostro. Si se saquea una tienda y se queman dos, ¿Cuántas quedan? Al día siguiente, conecté a otro desterrado y adquirimos el hábito de destrozar las vitrinas de los locales ubicados en Main Street Shop Hop, en nuestra guerra frontal contra la sociedad indiferente. Así que había determinado portarme como un villano y odiar los frívolos placeres de este tiempo. Aunque tuvimos nuestros 15 minutos de fama sin pagar por ello, paramos. Nos dimos cuenta que al continuar con la rebeldía únicamente alimentábamos a los medios masivos para procurar el consumo de aquellas personas alineadas en búsqueda de transgresión, sobre todo aquellos remedos de tabloides como Metro y 24 hrs. Pero de qué fama hablo, ahora cualquiera puede convertirse en un personaje mediático pues, al igual que el mundo del arte contemporáneo, ya nadie espera del artista un talento especial en búsqueda del sentido transgresor para sepultar lo que ahora es vanguardia. Simpleza, ingenio, impudor, ignorancia ufana y desenfadada que apele al infantilismo de la audiencia es lo de hoy. Ser un Motherfucker ya no era una alternativa, sin embargo al mes de los disturbios la RCPM me aprendió; irónicamente, tras las rejas, sentí paz, me sentía real. Pero en 48 horas me dejaron salir por falta de pruebas, por lo del asunto del assault ni en cuenta; sin ninguna identificación a costas era quien yo quisiera ser. Ese periodo fue de una aridez desmesurada, en ocasiones me la pasaba

sentado en la cafetería To dine for en Commercial Drive, con la mirada distante, vacía y aburrida, bebiendo un café insípido de refile. Pobre Gigi Saúl Guerrero, nunca se cansó de llenar mis tazas de café. En otras ocasiones me reunía con ella en mi habitación del Ávalon para hablar de nada, aspirar unas líneas de cocaína y terminar culeando. En esos días se me ocurrió atentar contra la vida de alguien famoso a lo Valerie Solanas pero aquí en Canadá, ¿quién es una celebridad cuya muerte pueda cimbrar al mundo del espectáculo, ya no hablemos del universo del arte? Pero pronto la idea se desvaneció, para qué luchar contra la corriente y querer que el cosmos fuese algo distinto de lo que es. A partir de entonces vagué como espectro abúlico pero siempre Gigi estuvo allí para rescatarme.

Un buen día, para olvidarme de todo, decidí mudarme a Surrey, en el suburbio obrero, y ya saben, quien vive en la periferia está fregado. Llegué al cuarto, me dirigí al retrete, al lavarme las manos, abrí la llave y el agua salió envenenada. Aquí la gente se cría en las alcantarillas y la guerra entre las pandillas por el control de los barrios tiene en jaque a la sociedad que para llamar la atención de las autoridades desata huelgas, cortes de electricidad y almacena basura pudriéndose en las calles. Aquello despertaba las fantasías más lúgubres sobre el fin de la civilización, los valores y el estilo de vida canadiense. Cuando no hay perspectivas hacia el futuro uno se hunde en una confusa mezcla de desánimo, falta de perspectiva y conflictividad social. Ni coger quiere uno.

Estoy tan vacío y aburrido que no se me ocurre nada más que decir y la pereza no me deja escribir. Lo único digno que podría hacer es honrar a mi familia asesinándome.--

¿POR QUÉ?

Luz Vida Villarino

Mi corazón es un potro salvaje
que se ha desbocado,
yo cabalgo en él tomada de sus crines.

Me asusta su carrera, me aterra su mirada.
¿Cómo pedir socorro entonces si estoy sola?
¿Cómo hacer que se detenga?

¿Y si le hablo con ternura?
Quizá me oiga, soy su amiga.
¿Y si acaricio su cabeza?

No puedo hacerlo,
mis manos están sujetas a su cuello.

¿Por qué va en una loca carrera?
¿Hacia dónde me lleva prisionera?

Tengo que detenerlo y no sé cómo.
Mí corazón no me escucha, está sordo y ciego.

Tengo que poner fin a su carrera,
yo se las palabras que él comprende,
es un código secreto que existe entre él y yo .

¿Por qué no se las digo?

MAL AGÜERO

Oscar Tobar

Río Verde es un pueblo donde encontraban aplausos los peregrinos y marcha nupcial los que se quedaban. Pero allí, últimamente, hasta los premios se rechazan.

Reina era una joven silenciosa que me hace recordar una canción lenta. Vivió los años en flor como una chica codiciada que nunca dejó de ser perseguida por ojos y voces emocionadas hasta que salió preñada del vecino Antonio. El joven era dueño de una tienda donde vendía objetos usados.

La última vez que Reina y Antonio pelearon, ella se alejó con los ojos enrojecidos y silbando una vieja canción de amor. Rosario, empleada en la tienda de Antonio y también vecina de Reina, fue la que siempre ponía serpientes entre Reina y Antonio, hasta que Reina trató de asesinar a Rosario.

Tres meses después, ya en el presidio provincial, Reina, sin asistencia médica, antes de los nueve meses daba luz a su único hijo. Madre e hijo murieron la misma noche del parto. Los vientos perdieron aquellos lamentos con el canto de los pájaros mañaneros.

Al pasar la estación lluviosa, Antonio parecía Pavo Real en fiesta de gala y Rosario, nada que envidiar a una orquídea blanca con pétalos extendidos, mezclando perfume con el polvo a caballo por la calle principal. Regresaron ya casados a una casa nueva olorosa a madera de pino. Nadie notó que al galopar Rosario había perdido un zapato, hasta que llegaron a la casa donde los invitados bailaron descalzos para uniformizar la buena o la mala suerte junto a los recién casados.

Al año siguiente, Rosario tuvo su primer hijo. Fue una fecha inolvidable para la pareja. Porque, mientras la llovizna apagaba el polvo de aquel domingo gris, Rosario miraba posarse un ave sobre la rama más alta del naranjo en flor que hacía sombra a la casa. El pájaro tenía forma de zapato negro, cuyo pico parecía tacón blanco y cuando se sacudía las alas le tronaban igual que pasos sobre piedras. Cuando Rosario se frotó los ojos para ver mejor, aquella rareza voladora desapareció. Al volver Antonio a casa, tras un abrazo, convenció a Rosario de que hay aves que tienen la apariencia de un zapato. Con los primeros claros del lunes, el hijo, todavía sin bautizar, yacía pálido y sin vida.

La siguiente estación lluviosa comenzó con mayor abundancia de agua que los años anteriores y también llegó a la nueva familia el llanto de otro infante que fue bautizado al nacer. Desgranando flores y hojas de naranjo sobre una rama baja, una noche llegó a silbar el pajarraco ya olvidado y, otra vez, cuatro velas rodearon al recién nacido en casa.

Tres meses después, al final de un día festejado con pastel de cumpleaños, del aire brotó una serenata triste silbada a plena luz de luna; era una vieja canción de amor. Como fue la canción favorita de Antonio, de inmediato, presa de nostalgia él abrió la puerta. En aquella noche quieta y de carbón no se miraba nada. Repentinamente, antes que terminara aquel cantar, Antonio saltó espantado.

—Ese pájaro tiene ojos de mujer rencorosa— gritó y cayó en cama temblando de fiebre. Al desaparecer la última estrella de esa noche, Antonio ya era un cadáver.

Las últimas tormentas de ese invierno inflamaron demasiado los ríos hasta profundizar los abismos. Las noches llegaban rodeadas de neblina. En una de esas volvió el pajarraco mucho más crecido y con la fuerza de una patada abrió una ventana para entrar endemoniado al combate. Las luces se fueron tras agudizar una carcajada femenina. Rosario enloqueció y al pasar dos meses se le fue la vida.

Tío Anselmo compró esa casa y cuando estaba tumbando el famoso naranjo que ya mucha gente miraba como el árbol maldito, una astilla le vació el ojo derecho. El mismo día que tío Anselmo salió del hospital, quemó el naranjo y puso en venta esa casa, pero nadie que conociera esta historia la quiso comprar.

Diez años pasaron regando espantos nocturnos. La lluvia desteñía los balcones y las telarañas redondeaban las esquinas. Cuando por fin llegó Don Alfonso, un hombre a derechas desconocido que arrastraba la cobija. Don Alfonso compró la casa. Este hombre regresaba de noche y desaparecía al amanecer, pues era un vendedor de billetes de lotería que andaba de pueblo en pueblo. Y en aquel diciembre, gracias a un billete sobrante que nunca pudo vender, ganó el premio mayor de lotería que le costó la vida, pues lo asesinaron para robarle.

A esa casa, ya mencionada, se le pudrieron las puertas y las paredes estaban rajadas cuando un temblor de tierra la tumbó.

Al poco tiempo, un sacerdote llegó a mojar con agua bendita el predio baldío. Pero, aun así, en Río Verde hay gente que se opone a que se construya en ese terreno una clínica médico-dental comunal.

* * *

The Apostles Review

Número 18 – Otoño de 2016

ISSN 1918-087X

ISBN 978-0-9949543-8-1